ANTOLOGIA

PANAMEÑA

M. a.
4188

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES

BIBLIOTECA NACIONAL

Antología Panameña

VERSO Y PROSA

EDITORIAL "LA MODERNA" QUIJANO & HERNANDEZ - PANAMA.

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS IMPRESAS EN LA EDITORIAL

"LA MODERNA"

AUTORES NACIONALES

Planes de Lecciones de Zoología. - *Alejandro Méndez P.*
Apuntes y Conversaciones. - *Samuel Lewis.*
Gobernantes de América T. I. - *M. de J. Quijano.*
El Congreso de Panamá en 1826. - *F. Velarde y F. J.Escobar*
Retazos Líricos. - *José María Guardia.*
Elementos de Historia (III Grado). - *Editorial "La Moderna"*
Ideales de Verdad y de Belleza, - *Aizpuru Aizpuru.*
Biblioteca de la "Prensa Ilustrada". Entrevistas
Ensayos Gramaticales.- *Lisandro Espino*
Croniquillas. - *Aníbal Ríos D.*
Antología Nacional. - *Editorial "La Moderna"*

AUTORES HISPANO AMERICANOS

La Derrota (novela colombiana). - *G. Sánchez Gómez.*

EN PRENSA

Nuestros Hombres. - *Editorial "La Moderna"*
Cuestiones Fiscales. - *Samuel Lewis.*

PUBLICACIONES PERIODICAS

La Educación Nacional, revista mensual de la Inspección General de Enseñanza.
El Niño, revista quincenal. - *J. D. Crespo y Gmo. Méndez P*
La Prensa Ilustrada y La Semana. - *M. de J. Quijano.*
Nuevos Ritos, revista mensual. - *Ricardo Miró.*
El Educador. - *O M. Pereira y J. D. Moscote.*

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES

R 1.5.108

Antología Panameña

VERSO Y PROSA

BIBLIOTECA NACIONAL

EDITORIAL "LA MODERNA" QUIJANO Y HERNANDEZ - PANAMA.

© Biblioteca Nacional de España

Tipografía y Casa Editorial "LA MODERNA" Plaza Arango · Panamá.

© Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA

Para hacer esta recopilación nos hemos valido del ***Parnaso Panameño*** publicado en 1916 por Octavio Méndez Pereira, de la biblioteca particular de éste, quien nos abrió con toda generosidad su sección de obras nacionales, la más rica que conocemos, y de los archivos de la Secretaría de Instrucción Pública, puestos a nuestras órdenes por el mismo señor Méndez Pereira.

No pretendemos, con todo, haber hecho obra completa o perfecta. Faltan, sin duda, algunos autores olvidados o de los cuales no hemos podido obtener ningún modelo y otros no están representados, talvez, con lo mejor de sus producciones.

Quizá también hayamos sido demasiado benignos al incluír en esta ANTOLOGIA algunos autores que todavía no pueden considerarse como verdaderos representativos. Valga, en todo caso, el espíritu de patriotismo con que acometimos este trabajo y el carácter de mera colección de materiales que le queremos atribuír. Otros vendrán mejor preparados y documentados que con estos materiales y los del ***Parnaso Panameño*** podrán hacer el estudio definitivo de nuestra literatura nacional y la verdadera definición y apreciación de nuestros valores intelectuales.

Entre tanto, sea esta humilde contribución para tamaña tarea, nuestra ofrenda a la Patria en el Centenario del Congreso de Bolívar.

Los Editores

Panamá - 1926.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Manuel José Pérez

(1830 — 1888)

LA CASA DONDE NACI

Todo pasa, el tiempo vuela,
tras la verdad, el engaño,
sólo dura el desengaño
en este mundo infeliz,
mentira es cuanto miramos,
sólo es seguro el dolor;
al aspirar una flor
siempre en espinas me herí.

El árbol que hay en el prado
flores y frutas ostenta,
mañana es una osamenta,
carcomido hasta la raíz;
y el santo hogar de mis padres
que se conservaba erguido,
ya en ruinas se ha convertido:
«fué» la casa en que nací.

Ese techo que en la infancia
nos cobijaba, querido,
polluelos de un mismo nido
a mis hermanos y a mí,
hoy es un escombro humeante
paredes ennegrecidas,
informe masa, aun querida,
es la casa en que nací.

No más, bajo el mismo techo
abrigaré mi cabeza,
e inspira inmensa tristeza
el pensamiento ¡ay de mí!
que nunca con mis hermanos
volveré al hogar querido,
que aunque fuese reconstruído
no es la casa en que nací.

© Biblioteca Nacional de España

¿Qué importa que la fortuna
de un escombro haga un altar?
Con cenizas de un hogar,
¿quién lo podrá reconstruír?
Ya no será el mismo nido
que mis padres construyeron
y que mis pies recorrieron
en su carrera infantil;

Que en cada rincón perdido
un recuerdo se encontraba,
recuerdos que yo guardaba,
de esa mi infancia feliz;
y al mirar hacia el pasado,
inclinando mi cabeza,
lloro lleno de tristeza
por la casa en que nací.

© Biblioteca Nacional de España

Tomás Martín Feuillet

(1834 — 1862)

FLOR DEL ESPIRITU SANTO

De nuestros bosques en lo más recóndito
bajo altísimos techos de verdor,
erguida crece entre peñascos áridos
una preciosa flor, peregrina flor,

oculta siempre a las miradas, tímida,
entre la espesa selva en que se ve,
por miedo acaso de que airado el ábrego,
con su flexible tallo en tierra dé.

Ella no ostenta ni brillante púrpura,
ni matices de gualda y de carmín;
más son de nieve sus hermosos pétalos,
más blancos que azucena, que jazmín.

La flor es esa que del Santo Espíritu
he escuchado llamar desque nací,
y en cuyo cáliz el perfecto símbolo
de esa imagen divina siempre ví.

Ah! yo recuerdo que en mi infancia plácida
con respeto a esas flores me acerqué,
porque juzgaba en mi inocencia cándida
que eran emblema de piadosa fe.

Y me han contado que querubes y ángeles
las vienen en la noche a custodiar,
para impedir que de sus tallos débiles
las arranquen los vientos al pasar.

Y que con ellas, cuando ya el crepúsculo
en la tierra derrama su arrebol,
tejen guirnaldas las campestres náyades,
para ofrecerlas al naciente sol.

Y que a regarlas, entre nubes diáfanas
baja de la mañana el serafín,
al són del canto melodioso, armónico,
del pintado y alegre colorín . . .

© Biblioteca Nacional de España

De nuestra patria las hermosas sílfides
orlan con ella su hechicera sien,
para que unidas a sus rizos de ébano,
aun más encanto a sus encantos den.

Y allí resalta su hermosura nítida,
y luce más su virginal color,
como del cielo en la azulada bóveda
luce de las estrellas el fulgor.

Y es esa flor encantadora, mística,
de nuestros climas exclusivo dón:
nuestros campos adorna con su mérito,
pero nunca se ve en otra región.

Y por eso el viajero del Atlántico,
que bellas flores en Europa vió,
queda admirado ante la flor de América,
que sin cultivo y riego aquí nació.

Allá la planta en el jardín espléndido
de su rico palacio el gran señor,
por verla crecer en su invernáculo
diera de entre sus flores la mejor.

Mas es en vano, que el Supremo Artífice
sólo a nosotros nos la quiso dar,
como dióles también a nuestras vírgenes
hermosura sublime, singular.

Sí, vos, señora, que escucháis mi cántico,
ejemplo sois de que no miento yo,
porque aun del Sena en las floridas márgenes
vuestra belleza, sin rival brilló.

Y cuando vieron vuestra faz angélica,
os admiraron dignamente allá,
como a la hermosa perla del Pacífico
y a la más bella flor de Panamá!

... ...

Ah! cuando a fuerza de tormentos hórridos
cese de palpitar mi corazón;
cuando deje esta vida triste y mísera,
para dormir tranquilo en el Panteón,

yo sé que nadie verterá una lágrima,
y ojalá que siquiera por favor,
alguien coloque en mi enlutado féretro
del Espíritu Santo alguna flor!

© Biblioteca Nacional de España

José Dolores Urriola (El Mulato)

(1834 — 1883)

SONETO

(Improvisado en un corro de amigos)

No pretendáis, amigos, que yo mueva
guerra al objeto de mi amor pasado;
ni que triste, cobarde y humillado,
vaya a poner mi corazón a prueba.

¡Que yo la idolatré! No es cosa nueva.
¡Que me dejó por otro! Está probado.
Mas . . . ¿quién sabe? Tal vez en el pecado
la penitencia merecida lleva!

No su inconstancia para mí deploro,
ni de su fama pésima me río;
ni menos tomo parte en este coro,

que en torno de ella levantáis bravío:
pues una dama que se rinde al oro
no se merece ni el desprecio mío!

EPIGRAMA

(Improvisación).

Así como el huracán
arrebata la basura
a muy elevada altura
y luego, la vuelve a atraer,
así la guerra civil,
en donde que quiera estalla,
eleva la vil canalla
para matarla al caer.

© Biblioteca Nacional de España

Amelia Denis de Icaza

(1836 — 1910)

AL CERRO DE ANCON

Ya no guardas las huellas de mis pasos
ya no eres mío, idolatrado Ancón.
Que ya el Destino desató los lazos
que en tu falda formó mi corazón.

Cual centinela solitario y triste
un árbol en tu cima conocí:
allí grabé mi nombre, qué lo hiciste?
¿por qué no eres el mismo para mí?

¿Qué has hecho de tu espléndida belleza,
de tu hermosura agreste que admiré?
Del manto que con regia gentileza
en tus faldas de libre contemplé?

¿Qué se hizo tu Chorrillo? ¿Su corriente
al pisarla un extraño se secó?
Su cristalina, bienhechora fuente
en el abismo del no ser se hundió.

Qué has hecho de tus árboles y flores
mudo atalaya del tranquilo mar?
. . . . . .
Mis suspiros, mis ansias, mis dolores,
te llevarán las brisas al pasar!

Tras tu cima ocultábase el lucero
que mi frente de niña iluminó:
la lira que he pulsado, tú el primero
a mis vírgenes manos la entregó.

Tus pájaros me dieron sus canciones,
con sus notas dulcísimas canté,
y mis sueños de amor, mis ilusiones,
a tu brisa y tus árboles confié.

© Biblioteca Nacional de España

Más tarde, con mi lira enlutecida,
en mis pesares siempre te llamé;
buscaba en tí la fuente bendecida
que en mis años primeros encontré.

Cuántos años de incógnitos pesares,
mi espíritu buscaba más allá
a mi hermosa sultana de dos mares,
la reina de dos mundos, Panamá!

Soñaba yo con mi regreso un día,
de rodillas mi tierra saludar:
contarle mi nostalgia, mi agonía,
y a su sombra tranquila descansar.

Sé que no eres el mismo; quiero verte
y de lejos tu cima contemplar;
me queda el corazón para quererte
ya que no puedo junto a tí llorar.

Centinela avanzado, por tu duelo
lleva mi lira un lazo de crespón;
tu ángel custodio remontóse al cielo
ya no eres mío, idolatrado Ancón!

© Biblioteca Nacional de España

María B. Funck de Fernández

(1841 — 1904)

LA POBRE VERGONZANTE

Qué haces aquí con tu semblante triste
bañado por el llanto del dolor?
Tu débil cuerpo de girones viste,
no adornan tus cabellos una flor.

Lívida está tu juvenil mejilla,
blanca tu boca un tiempo de coral
y tu negra pupila apenas brilla
de la fiebre al calor artificial.

Qué haces aquí con tu alma de paloma
en medio del terrífico huracán?
Eres aun flor, no pierdas ese aroma
que la virtud y la inocencia dan.

Vete a tu hogar donde talvez te aguarde
la madre que en en sus brazos te meció;
no quieras regresar cuando sea tarde,
que tu estrella infeliz no se eclipsó.

¿Qué aguardas, dí? Con mi quejoso acento
espero conmover la sociedad,
¿acaso es humo que disipa el viento,
la dulce y sacrosanta caridad?

No es humo, no; la caridad sublime
no puede con el viento perecer,
ella en el pecho varonil se imprime
y en el alma también de la mujer.

Pero no todo corazón se siente
conmovido mirando la orfandad,
piensan que el pobre «vergonzante» miente
y perecer le dejan sin piedad.

© Biblioteca Nacional de España

Necesitan saber que la pobreza
en miseria completa se trocó,
y con desdén sarcástico tropieza
el que nunca en la calle mendigó.

Yo he visto a veces perecer sediento
al pobre junto a un fresco manantial
que el rico contemplándolo avariento
trocó en inmundo y sucio lodazal.

Vete a morir con hambre silenciosa
o pide por Dios doquiera un pan
si no lo haces, dirán: es orgullosa;
si en público lo pides te darán.

Más si evitas vergüenza o triste muerte
ajando tu virtud para vivir
será terrible tu azarosa suerte,
más te valiera en el dolor morir.

¡Ah! tú no sabes lo que encierra el nombre
de pública sanción, de «Sociedad.»
Ante ella humilla su cerviz el hombre
y el infeliz sucumbe sin piedad.

© Biblioteca Nacional de España

Jerónimo Ossa

(1847 — 1907)

HIMNO NACIONAL

Alcanzamos por fin la victoria
en el campo feliz de la unión;
con ardientes fulgores de gloria
se ilumina la nueva nación.

Es preciso cubrir con un velo
del pasado el calvario y la cruz;
y que adorne el azul de tu cielo
de concordia la espléndida luz.

El progreso acaricia tus lares
al compás de sublime canción;
ves rugir a tus pies ambos mares
que dan rumbo a tu noble misión.

En tu suelo, cubierto de flores,
a los besos del tibio terral,
terminaron guerreros fragores;
sólo reina el amor fraternal.

Adelante la pica y la pala,
al trabajo sin más dilación,
y seremos así prez y gala
de este mundo feraz de Colón.

© Biblioteca Nacional de España

TUS OJOS .. ..

Niña de los lindos ojos,
la de los ojos de cielo,
tú no sabes, vida mía,
con qué locura te quiero!

Te quiero porque eres linda
y eres mi dulce consuelo,
pero sobre todo, niña,
porque tus ojos son cielos.

Tus ojos tienen el brillo
del matutino lucero
y son de tu alma divina
el más sublime reflejo.

Cuando me miran me encantan;
si no me miran, padezco;
que son ellos mi alegría
y son ellos mi tormento.

Cuando fijas tu mirada
de ardiente esperanza espejo,
me parece que así miran
los ángeles del Eterno.

Cuando tus ojos sonríen,
no sé, niña lo que siento! . . .
así se sonríe el alma
que se abre al amor primero.

Cuando lloran y desprenden
mil diamantes hechiceros,
como los lirios del campo
cuando los agita el viento,

© Biblioteca Nacional de España

Yo no sé! mas sin fijarme
yo también lloro con ellos,
y ese llanto que derramo
es de mi pena el consuelo.

Tú no sabes, por tus ojos
cuánto, mi vida, padezco;
si me miran me asesinan,
si no me miran me muero.

Por esto, prenda querida,
mírame siempre te ruego:
mejor morir a tus ojos,
que vivir lejos de ellos.

© Biblioteca Nacional de España

Francisco María Calancha

(1850)

DOLOR

Muerde, sí, clava en mí tu diente horrible,
destroza el corazón;
que al vivir sin la luz de tu mirada,
es caricia tu horror.

En la duda abrásanse mis sienes,
en la pasión mi sér;
y del dolor que acaba en el que empieza
renúevase la hiel.

Es mi dolor océano que en mi pecho
lo siento desbordar;
cuando ahogue mi vida entre sus ondas
en ella se ahogará.

© Biblioteca Nacional de España

José Leonardo Calancha

CANCION PATRIOTICA

Dedicada a la juventud chiricana.

Marchemos al combate decididos,
¿quién por ser libre no sabrá vencer?
que al regresar a nuestro hogar querido
a la que amamos tocará el laurel.

Truena el cañón que de ardimiento inflama
del ciudadano el noble corazón;
volemos sí, la libertad nos llama,
triunfos y glorias del valiente son.

En el turbión de la sangrienta lucha,
que Cielo y Tierra llena de orfandad,
triunfar sabremos: la bravura es mucha
de los que lidian por la libertad

En los instantes de furor y muerte
jinete, infante, todo cederá
de nuestros sables al mandoble fuerte;
sólo al vencido compasión tendrá.

Mas si el destino con airado ceño
les niega a nuestras huestes su favor,
que sea el sepulcro del soldado istmeño
lagos de sangre del falaz traidor.

© Biblioteca Nacional de España

Fernando Delazerda

(1852 — 1885)

A MI MADRE

A tí, que fuiste quien meció mi cuna,
de quien santas caricias recibiera,
a tí, a quien no quiso la fortuna
conceder que en el mundo nos uniera
vínculo tan hermoso, y una a una
en dolores mis horas convirtiera,
a tí dirijo entristecido canto
anegando mi pecho amargo llanto.

Triste es el mundo, de pesares lleno:
se viene a él por voluntad suprema
trayendo en nuestro sér algo de cieno
y la miseria como todo emblema:
en la mano la copa del veneno,
y escuchando doquiera el anatema:
"Desdichado en la tierra vivirás
y a la tierra, por fin, tú volverás!"....

Con tu pérdida ¡oh madre! yo he perdido
un tesoro de amor y de poesía:
vive triste mi pecho y dolorido,
y aunque busco placeres y alegría,
es en vano.... Tú alzaste de tu nido
ese vuelo fugaz. La muerte impía
me privó de tu amor y tus caricias
y con ellos perdí dulces delicias.

¿Quién apiadado escuchará los ayes
que despida mi pecho dolorido?
¡De quién escucharé un—"no desmayes"
que reanime el valor que haya perdido
cuando sólo y errante en estos valles
entregado a la pena, y mi oído
sólo atienda a la voz de mi destino
sin brújula y timón en mi camino?....

© Biblioteca Nacional de España

¡Amargo padecer! ¡Pesar horrendo
turbará por doquiera mi existencia,
mil dolores mi alma padeciendo
hallando por doquier maledicencia,
de la cual, una mano que defienda
no hallaré.... ¡Y lloraré tu ausencia
mientras que vague con incierto vuelo
hasta verme contigo allá en el cielo!

Sí . . . Porque espero de ese Sér divino
que el orbe todo con saber gobierna,
concédame la gracia que imagino
de no ser nuestra separación eterna;
yo espero que el rigor de mi destino,
cual la trémula luz de una linterna,
pase y se extinga con la leve brisa
y al fin veré de nuevo tu sonrisa....

En este solitario cementerio
do la verdad por excelencia habita
está del Hacedor el gran misterio:
aquí el corazón mudo palpita,
aquí está de la Muerte el gran Imperio,
mansión de la quietud, en que dormita
al lado del humilde el poderoso
y junto a la honradez está el vicioso.

Aquí el fin de mundanos amoríos,
aquí el fin de mil cetros y coronas:
el Poder aquí yace sin sus bríos
y su grande edificio hecho boronas....
¡Fin increible de infieles y de impíos!
Tú con tu aliento todo lo destronas,
muerte cruel que dominas en el mundo
hasta hacer la equidad en lo profundo!

Pero un allá, donde encumbrado trono
ocupa Dios, rodeado de querubes;
donde con dulce y armonioso tono
se deleitan los seres de las nubes,
donde cesa del mundo el duro encono,
y donde ¡oh alma! en tus a solas subes
desde allá quiero escuche la plegaria
que dirijo en su losa funeraria.

© Biblioteca Nacional de España

Mis lágrimas ardientes, pesarosas,
contempla desde allá, madre adorada:
ruégale a Dios cambiarlas, de angustiosas
en mansas, apacibles, sosegadas . . .
Ruégale, por la paz de que tú gozas,
que haya en la tierra para mí alboradas
que me disipen tan amargas penas
y del dolor desaten las cadenas.

Y recibe ¡oh madre cariñosa!
del pedazo de tu alma que dejaste
cuando cambiaste por la fría losa
el amor y ternura que gozaste
de mi alma de ángel, pura y candorosa
que con celo constante fecundaste....
Escucha mi dolor y mi aflicción
y envíame de allá tu bendición!

© Biblioteca Nacional de España

Máximo Walker Bravo

(1855 — 1900)

LA IDEA

Diques poned al curso del torrente,
así creyendo contener las aguas;
no lograréis que tornen a su origen,
ni tampoco por siempre sujetarlas.
Será mayor entonces su volumen,
serán así sus fuerzas aumentadas
y a su impulso violento la obra frágil,
veréis como derriba y arrebata.

A la Idea, lo mismo que al torrente,
bien se puede un instante subyugarla;
pero siempre que está más perseguida,
mayores fuerzas y poder alcanza.
Arrolla al necio que soñó vencerla,
y que se opuso en medio de su marcha;
triunfa de todos y jamás perece,
porque ella es inmortal como es el alma.

© Biblioteca Nacional de España

Emilio Briceño

(1857 — 1894)

EL PERIODISTA

Soldado de la imprenta que pelea,
que libra cada instante una batalla,
y que vence con «plomo» y sin metralla
en los campos augustos de la idea.

Se yergue majestuoso y centellea
el arma del Derecho que avasalla,
y opone a los déspotas la valla
del talento o del genio con que crea.

Los derechos del pueblo son su guía;
combatir las infamias es su intento;
las glorias de su pluma y su talento,

derrocar por doquier la tiranía,
y que luzca por fin el claro día
en que reine en el mundo el pensamiento!

EL TRABAJO

Con la pluma y el yunque y el arado
la infame esclavitud será extinguida;
las gotas de sudor se habrán trocado
en lluvia fecundante y luz y vida.

El castigo de un crimen del pasado
verálo el porvenir, gloria cumplida,
porque el noble trabajo, deificado
será, por nuestra especie redimida.

Es que al influjo del trabajo humano
ha de ceder hasta el malvado impío,
tal como cede, al desbordarse, el río,

después que tala o fecundiza ufano;
que el trabajo hará al hombre soberano
de la tierra, del cielo y del vacío.

© Biblioteca Nacional de España

José Lorenzo Gallegos F.

(1857)

FLORES DEL MONTE

Allí va de ritmos un cuaderno
al público lanzado con temor,
que yo los amo con cariño tierno,
con fe sencilla, con cristiano amor.

Mis versos allí van, "flores del monte"
que las cultiva el corazón feliz,
hoy salen de su lúgubre horizonte
sin aroma talvez y sin matiz.

Humildes azucenas y artemisas,
flores de cinamono y azahar,
mezcladas van con lágrimas, sonrisas,
con sueños, esperanzas y pesar.

Que son mis cantares trémulas congojas
de mis ideales de color azul,
suspiros de la brisa entre las hojas,
de un triste melancólico abedul.

Por eso con temor al mundo envío
las florecillas que me dió el verjel,
lejos de mí se morirán de frío
si llega el mundo a despreciarlas cruel.

Dadles cariño a mis campestres flores
que buscan de ternura la expresión,
no las tratéis con bárbaros rigores
porque en ellas matáis mi corazón.

¡Dulce esperanza embriagadora y bella!
difunde sobre mí tu resplandor,
en castos besos inmortales sella
mis flores de poeta y soñador!

© Biblioteca Nacional de España

EL POBRE

El pobre revela en su triste semblante
la imagen perfecta del llanto y dolor,
la dicha buscando con faz anhelante,
y cruel esa dicha se esconde, ¡qué horror!

El pobre padece en silencio profundo;
implora su vida de pobre orfandad;
su patria, su amigo, su templo es el mundo,
su acento querido, feliz caridad.

Mirad: es un pobre que incierto camina,
miserias llevando consigo también:
su rostro la luz celestial ilumina,
buscando las almas amantes del bien.

La historia del pobre se escribe con llanto,
si el llanto es la fuente do apura su sed,
si al pobre es la vida martirio y espanto,
si lágrimas sólo merece verter.

La noche le brinda su manto sombrío,
y el pobre en silencio contempla a su Dios:
su lloro le brinda por dulce rocío,
y el mundo le niega su mano y amor.

Empero, este sér infeliz en la tierra,
laureles, coronas alcanza en el cielo:
la tumba penetra y la tumba le encierra,
y en pos de sus triunfos remonta su vuelo.

© Biblioteca Nacional de España

Justo A. Facio

(1859)

A PANAMA

Yo estaba lejos, lejos:
mi ardiente fantasía
muy grande te soñaba,
cuando ante mí surgía,
velada por el tiempo,
tu dulce aparición;
más ay! a la matrona
en tí buscó mi mente
y me encontré con que eras
el miserable cliente
que marcha resignado
a zaga del patrón.

Ni eras al sumergirte
en aguas de indolencia
el mísero que compra
su inútil existencia
al precio ignominioso
de vil pasividad:
ah! cuántas veces, cuántas,
con su falaz reclamo
a lucha fratricida
logró lanzarte el amo
por un mezquino engendro
de torpe libertad!

Sencilla y denodada,
pletórica de brío,
vió el mundo, sin embargo,
en el sangriento lío
frisar con lo grandioso
tu esfuerzo varonil;
yo no amo los combates:
su saña me horroriza;
pero, al incendio rojo
de la remota liza,
admiro en ti a la virgen
intrépida y gentil.

© Biblioteca Nacional de España

Mas, oye: no te engrías:
ese brutal coraje
es el instinto fosco,
malévolo y salvaje
con que la bestia hirsuta
se lanza al redondel:
despedazados ruedan
a su feroz zarpazo
desde el hombre potente,
que triunfa por su brazo,
hasta la virgen rosa,
que tiembla en el verjel.

Esa es la gloria, oh patria,
que el universo admira,
cegado por el brillo
de la sangrienta pira
sobre la cual despunta
con bélico ademán:
mientras que, como diente
de ignotas alimañas,
un cáncer silencioso
devora sus entrañas,
la púrpura del césar
sus hombros lucirán.

¿Qué vale, dí, su arreo,
si gotas mil de llanto
cual fúnebres estrellas
resbalan por el manto
con que esa maga cubre
su séquito de horror;
si, en la avalancha de horda
con que recorre el mundo,
hasta Natura pierde
el ímpetu fecundo
que hace estallar la vida
en ráfagas de amor?

No era ese imperio el tuyo:
el tuyo era de flores:
mil fuerzas misteriosas
en locos surtidores
sus lenguas agitaban
en torno de tu sér:
era la vida ardiente
que en ancha vena rota

© Biblioteca Nacional de España

del vaso desbordante
de tu existencia brota,
en ricas primaveras
ya pronta a florecer.

Cuanto tiene el destino
te daba a manos llenas;
el oro que se cuaja
en límpidas patenas
bajo su suelo hervía
como átomos del sol;
insignia de tu rango
de reina de dos mares,
para tejer cintillos,
ajorcas y collares,
guardabas tú mil perlas
de vivo tornasol.

Sí, patria, tú ceñías
el cinturón de oro
que a Venus hizo dueña
del piélago sonoro
donde rodó su carro
de espumas y coral;
pero, indolente o sorda,
acaso no entendías
la voz de los dos mares
que en rotas armonías
cantaban tu destino
con lenguas de cristal.

No te excitaba el hado
a loco desvarío,
haciéndote promesas
de insano poderío,
de gloria sanguinaria,
de trágico laurel;
no es grande el ambicioso
de gloria o servidumbre
que en sus soberbios pujos
por alcanzar la cumbre
sobre la humana estirpe
levanta su escabel.

En tu solar, repleto
de germen y pujanza,
compiten bajo el árbol
de bíblica esperanza

© Biblioteca Nacional de España

la mente soñadora
y el músculo tenaz;
porque en tu suelo puso
el genio del trabajo
sobre la ciencia grave
y sobre el duro tajo
arco iris que promete
un sol de eterna paz.

Por eso al verte henchida
de fuego repentino,
resuelto el continente,
regir con fe la nave
que lleva tu destino,
tus hijos te aclamamos
con íntima efusión:
radiante la mirada,
resuelto el continente,
ya no eres, no, como antes,
el miserable cliente
que marcha resignado
a zaga del patrón.

Señora de tu suelo,
altiva, si risueña,
en lo alto de la cumbre
eriges hoy la enseña
donde escribió el Eterno
tu fin providencial,
y, por sendero libre
de oscuras atalayas,
a darse estrecho abrazo
acuden a tus playas
los pueblos que divisan
su mágica señal.

Hélos allí que vienen
por una y otra senda
y que reposan luego
bajo tu hermosa tienda,
soñando en la ventura
con plácida inquietud,
en tanto que, a su gesto,
oh patria, condolida,
tú ofreces a los tristes
el ánfora de vida
que infunde en las entrañas
calor de juventud

© Biblioteca Nacional de España

Si te contentas solo,
de noble afán llevada,
con ofrecer al hombre
tu sal y tu morada
tu puro sol de fuego,
tu cielo de zafir:
no en balde, no, en tu escudo,
vese brillar tu empresa
como estrellado signo
de imperial promesa
que en página gloriosa
descifra el porvenir.

Aun eres, sí, más grande:
impávida, tranquila,
sin que el dolor detenga
la mano que mutila,
la estrella de tu sino
por único sostén,
el mundo ha contemplado
de asombro todo lleno,
cómo sin pesadumbre
te abres el propio seno, —
pelícano sublime, —
por el humano bien.

No importa si el estulto
te befa o escarnece,
porque en tu virgen suelo
la libertad florece
bajo la sombra augusta
del roble protector:
en su follaje el roble,
como un dosel, te arropa,
en tanto llega el alba
en que su blanda copa
sobre tus hijos tienda
la libertad en flor.

Bajo esa vasta sombra,
como bajo un velario,
los hombres animosos
en grupo tumultuario
se lanzan a la meta
con gozo y ansiedad:
allende la Fortuna
dibuja su silueta,

© Biblioteca Nacional de España

y quien alcanza al cabo
la suspirada meta
girones de sus ropas
arranca la deidad.

No con halagos torpes
o fútiles intrigas
tú a la Fortuna, oh patria,
cortejes y persigas:
ella prefiere al mimo
el nudo constrictor:
estrújala en tus brazos
con fuerza que destroza
y la verás, rendida,
llevarte en su carroza
hasta la cumbre excelsa
de fúlgido Tabor.

Es ancha la carrera,
magnífica la pista,
y a conquistar el gaje
la humanidad se alista,
en marcha al horizonte
de límpido turquí:
al coro de tus mares,
bajo tu cielo abierto,
resuena en el camino
como triunfal concierto,
el paso tumultuoso
con que se acerca a tí.

Porque, como una estrella
de la celeste corte,
un solo y grande anhelo
sirviéndote de Norte,
preside con su lumbre
tu ruta mundanal:
más firme y más potente
que el nexo de la raza,
él sólo — que es idea —
con hilo de oro enlaza
a todos los humanos
en grupo fraternal.

Prosigue, sí, prosigue
tu generosa brega;
el cerco de tus brazos

© Biblioteca Nacional de España

con júbilo despliega
para los hombres todos
en una amante cruz,
y que tu faro insigne,
radiante de esperanza,
fulgure entre el misterio
de oscura lontananza
como una flor inmensa
de pétalos de luz.

A los clamores roncos
de bélicos metales
prefieres tú los ruidos
alegres y triunfales
que las colmenas de hombres
levantan en redor,
y que ese canto diga
tu excelso señorío
cuando en tu frente brillen,
como orlas de rocío,
en sartas diamantinas
las gotas del sudor.

En la más alta cima
coloca tu bandera,
y cuando la sacuda
la brisa pasajera
en mil ondulaciones
y trémulos zis - zás,
parecerá el pañuelo
de vivos colorines
con que, a través de climas,
distancias y confines,
a la progenie humana
tú, saludando, estás!

© Biblioteca Nacional de España

Federico Escobar

(1861 — 1912)

AMARGA PENA

Es flaca sobremanera,
toda humana previsión,
pues en mas de una ocasión
sale lo que no se espera.
Marroquín

Tengo un hondo y amargo sufrimiento,
amarga pena que a mi ser abruma:
de todos los rigores es la suma
y multiplicación de un gran tormento.

No me aflije ver negro el firmamento,
ni ver airado el mar y sin espuma;
ni que se rompa mi acerada pluma,
ni que le falte a mi garganta acento.

Ni sufro aún por la mujer ingrata
por quien mi ardiente corazón palpita . . .
Algo grave, más grave, me maltrata,

Quién me obliga a sufrir? — Una maldita
una maldita y destructora rata
que ha destrozado mi única levita.

CANTARES PANAMEÑOS

Se alegran por tu donaire
y tu modito de andar
las avecillas del cielo
y los peces de la mar.

Por las noches en tu lecho
no te acuestes sin rezar,
ni me quites de tu pecho
ni me dejes de adorar.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando salgas con pollera
el Martes de Carnaval
a las tunas, panameña,
yo te quiero acompañar.

Niña de los labios rojos
no me causes más agravios,
ni me beses con tus ojos
sino con tus rojos labios.

Dame, niña, la rosita
del rosal de tus amores
que aunque hieran sus espisas
serán gratos mis dolores.

Quiero verte en los maitines
la Noche de Navidad
con pollera de letines
y rosario de coral.

Cuando mueras, el cabello
te lo voy a recortar
y a la Virgen del Carmelo
se lo habré de regalar.

CANTO AL FIERRO

Eres reja de cárcel y eres grillo,
y eres cadena del esclavo encono . . .
ACERO te llamó después la Ciencia
cuando fuiste templado con carbono.

Eres cañón, y lanza, y rifle, y sable,
instrumentos mortíferos de guerra:
pero eres instrumento de trabajo
convertido en arado, y yunque, y sierra.

Mirad! Pensando en su bufete el sabio,
de fuerza extraña inspiración recibe,
resolviendo problemas complicados
con la pluma de acero con que escribe.

Eres cincel con que el artista hiere
la tosca mole de la piedra blanca,
para buscar las primorosos formas
complementarias de la «Venus Manca».

© Biblioteca Nacional de España

En cuerdas de las arpas transformado
produces musicales vibraciones . . .
Y para tí,, cuando te llamas brújula,
tiene el polo magnético atracciones.

Oh soberbio metal! Tú del labriego
eres el protector . . . Yo te bendigo . . .
En manos de la humilde segadora
te llamas hoz con que recorta el trigo.

Pero yo te maldigo cuando llevas
por donde quier desolación y luto;
cuando te miro derramando sangre
y eres puñal con que asesina Bruto.

Te maldigo en el hacha con que inmola
Enrique Octavo a Howard Catalina;
te condeno, instrumento de castigo,
cuando en Francia te llamas guillotina.

Te admiro en el Antiguo Testamento,
espacio do cual águila te ciernes,
cuando Judith con indomable arrojo
cercena la cabeza de Holofernes.

Te abomino en poder de los malvados,
te abomino en poder de los bandidos;
pero te justifico cuando hieres
para salvar a pueblos oprimidos.

Oh sí! Yo te maldigo y te bendigo
ante la faz del Universo entero:
te maldigo en las manos del verdugo,
te bendigo en las manos del obrero.

RATO DE OCIO

No descanso jamás y estoy conforme
con esta vida de constante obrero:
me parecen riquísimo uniforme
mi blusa y mi mandil de carpintero.

Iglesia es el taller. En ella ejemplo
recibe el hombre para odiar el vicio:
yo soy un sacerdote de este templo;
mi banco es el altar en donde oficio.

© Biblioteca Nacional de España

Cristóbal Martínez (Simón Rivas)

(1867 — 1914)

LAS CAMPANILLAS

Cuando en las tardes del sol radiante
miro en silencio las campanillas,
cómo recuerdo que son las reinas
de las murallas y de las ruinas.

Entre las grietas de los escombros
se adhiere el tronco que las anima,
y allí florecen meditabundas
tan solitarias, tan amarillas.

Es que los muros que se desploman
tienen historias que las contristan,
como de cosas que se recuerdan,
como de cosas que nos lástiman.

Un sentimiento dulce, piadoso,
parece a veces que las cautiva,
las emociona lo que envejece,
las enamora lo que agoniza.

Acaso sienten de la intemperie
la desolada tristeza íntima
de viejas glorias, pasadas pompas
que el tiempo esparce como cenizas.

Nunca en los tiestos de las ventanas
divinos labios las acarician,
y en los cabellos de las hermosas
jamás se ostentan las campanillas.

Nunca sonrientes entre los búcaros
ni en los festines gallardas brillan,
son tan humildes que da tristeza
verlas tan solas, tan amarillas.

© Biblioteca Nacional de España

Como canciones nocturnas oyen
de aves siniestras la voz fatídica,
y de la turba de los murciélagos
su extraño ruido las regocija.

En el silencio de las tinieblas
talvez escuchen entre las ruinas,
la amarga nenia de los recuerdos
que en viejos muros canta la brisa.

Quieran los hados que de un escombro
vuele a mi tumba polvo de vida,
y allí que nazcan, y allí florezcan
meditabundas las campanillas.

COMPASIVA

Cuando en horas de calma y sosiego
miro un grupo sonriente de niños,
no los mates, oh Dios! no los mates,
que no lleguen a grandes, me digo.

Es tan bella la casta inocencia
toca al alma tan dulce en lo íntimo
que las urbes se pueblan de sombras
si no cantan o lloran los niños.

Flores blancas con frágiles alas,
de la selva humanal insectillos,
que se llevan el polen del tedio
y fecundan la dicha en los nidos.

Siempre al verlos recuerdo en el alma
las palabras divinas del Cristo
cuando dijo: No iréis a los cielos
si no sois como son estos niños.

Los has visto correr, agruparse,
desunirse, dar vueltas, dar gritos,
ya de bruces nadando en el suelo
ya de tedio imitando a los grillos?

Son un canto sus gárrulas voces
que en redor se dilatan con mimos,
que nos traen cual aromas del alma
nuestros propios recuerdos de niños.

© Biblioteca Nacional de España

Son un órgano vasto de acentos
que estremecen de amor lo Infinito,
son la vida futura que vibra
en su cáliz más santo y divino.

¡Ah las almas promesas del tiempo!
¡Esperanzas risueñas de niños!
Que su llanto y su risa me arrullen
cuando yazga en el lóbrego olvido.

© Biblioteca Nacional de España

Rodolfo Caicedo

(1868 — 1905)

PAZ Y PROGRESO

... ...

... ...

¡Cuán hermosa es la Paz! Ella en el Istmo
a Némesis ha opuesto fuerte muro,
ha venido a salvarnos de un abismo
y a presagiarnos bienestar seguro.

El Progreso vendrá bajo su amparo . . .
Abierto el Istmo por profunda herida,
será esta brecha luminoso faro,
inagotable manantial de vida.

Cabe sus bordes cuantos sienten hambre
cuantos sufran miserias de mendigo,
acudirán en bullicioso enjambre
a buscar pan y a implorar abrigo.

Y los tendrán! Y llenos de arrogancia
podrán después que intrépidos lucharon,
llevar a sus hogares la abundancia
que con su noble esfuerzo conquistaron.

Ya terminada la fatal contienda
tranquilamente cierran sus pupilas,
para dormir bajo la misma tienda,
los que lucharon en opuestas filas.

Los rostros de las madres hoy risueños
hacen amar de la concordia el fruto . . .
Ya no temen los bélicos empeños
que dejan la orfandad, miseria y luto.

Ya en el verdor de sus primeros años
no irán mozos alegres y sencillos,
hijos del pueblo, a preparar peldaños
para que suban hábiles caudillos.

© Biblioteca Nacional de España

Ya no irán a matarse con encono,
para que, al cabo de la lucha fiera,
su sangre juvenil sirva de abono
al campo infame de ambición rastrera.

Ya sucede el horrísono estampido
del cañón formidable y pavoroso,
de los talleres el alegre ruido,
de las escuelas el rumor precioso.

Irá la luz de la instrucción divina
desde el palacio hasta la humilde choza,
restableciendo la moral en ruina
y redimiendo al que en error solloza.

Ya del machete al poderoso tajo
no han de caer millares de cabezas:
lo emplearán los soldados del Trabajo
en talar bosques y arrasar malezas,

para sembrar después el útil grano
que al germinar, a costa de fatigas,
en la colina tienda, o en el llano
áureo manto de pródigas espigas.

Y el humo de las fábricas, que sube
como incienso a la bóveda infinita,
reemplazará la ennegrecida nube
que levanta la pólvora maldita.

Para dar paso a máquinas extrañas
las fieras fugarán de su guarida;
serán palacios las que son cabañas,
habrá doquiera movimiento y vida.

Será un hombre el indígena que hoy gime
olvidado, en amargo oscurantismo,
con nostalgia de sol, que su alma oprime,
que la entristece, sin saberlo él mismo.

Prosperarán las artes y la ciencia:
donde hay zarzales brotarán verjeles,
y por hambre, la flor de la inocencia
no irá marchita a engalanar burdeles.

... ...

© Biblioteca Nacional de España

No, no es un sueño el que en mis versos pinto!
Es una hermosa realidad cercana . . .
De la patria en el próvido recinto
tendrá el Progreso su sitial mañana.

Que él nos ofrece porvenir dichoso,
y en nuestro suelo sin rival, fecundo,
hace promesa de festín copioso
que bastará para nutrir el mundo.

GRITO DE AMOR

Y por qué tu desdén? A la belleza
sólo se debe tributar favores?
¿Sólo el lustre que imprime la riqueza
obtiene lauros y merece flores?

El amor engrandece . . . ¿Quién insulta
esta ternura que en el alma esconde
como diamante que su brillo oculta
del áspera montaña en lo más hondo?

Soy una humilde, misteriosa abeja
que vaga entre fantásticos rosales . . .
Cuando tú escuches mi sentida queja
sabrás que acendro para tí panales.

¡Oh! si mi aspecto te parece odioso
piensa por un momento, ángel querido
que hay frutos cuyo jugo delicioso
bajo amarga corteza está escondido.

No temas las borrascas en que airado
mi labio ronca maldición eleva;
más de una vez torrente desbordado
áureo metal en sus arenas lleva.

No están las perlas en el fondo estrecho
del arroyuelo en deredor florido,
sino del mar en el revuelto lecho
por recias tempestades sacudido.

Es sublime la fe con que te quiero . . .
el árbol de mis íntimos pesares
ofrece como el agrio limonero,
aromados y blancos azahares.

© Biblioteca Nacional de España

¡Oh! que mi alma se abrase como incienso
que se queme en tus aras, noche y día!
Me extasiaré con mi dolor inmenso
si me amas tú por la tristeza mía.

Dame tu amor para que no sucumba,
porque será tu adoración divina
rayo de sol en solitaria tumba,
arrullo de paloma en una ruina . . .

LA LECHUZA, EL PERRO Y OTROS ANIMALES

Reunidos una vez los animales
(hablo de irracionales)
trataban de elegir alguna bestia
que ofreciendo en el solio buenos frutos,
se dignara tomarse la molestia
de regir los dominios de los brutos.

Se propuso al León, y con voz dura
la tal candidatura
fué rechazada, pues la turba opina
que su franqueza y majestuosa audacia
pueden servir de perdición y ruina
en asuntos que piden «diplomacia.»

Se trató del caballo. Mucho menos!
Pues, dócil a los frenos,
su carácter al Zorro no conviene,
que necesita libertad completa
para ejercer la profesión que tiene
con la cual a su antojo se repleta.

Indicaron al Perro. — Es un gran bobo
(dijo indignado el Lobo.)
Si lo nombráis nuestra desdicha labra;
es tonto que alardeando de nobleza
por darle cumplimiento a su palabra
dejaría que le corten la cabeza.

Alguien pidió al Conejo. No me agrada
(exclamó destemplada
una Serpiente de maligno tono)
y me admira que ustedes disparaten;
ese es un inocente sin encono,
incapaz de morder, aunque lo maten.

© Biblioteca Nacional de España

Sea el Venado. — No quiero. Es un odioso!
Dijo el ratón goloso,
pues la buena conducta del Venado
le hace temer durísimo reproche
cuando pretenda el pillo redomado
visitar las despensas por la noche.

No faltó en el Congreso algún sopapo,
hasta que al fin el Sapo
fué investido del mando. El Sapo hediondo!
Y como se asombrase el noble Perro,
la Lechuza le dijo desde el fondo
asqueroso y maldito de su encierro:

Pues ¿de qué, gran imbécil, te sorprendes?
Acaso tú no entiendes
que en estas ocasiones la hidalguía,
el valor, la bondad, causan perjuicio?
Y que el Sapo estudió filosofía
y conoce las tretas del oficio?

Es de tierra y es de agua. Si en su coche
la reina de la noche
recorre el cielo, la saluda afable,
cantando en el pantano donde vive;
si se levanta el Sol, con tono amable
en triunfo desde el cieno le recibe . . .

Cállate mentecato! «Por tu crítica
ya veo que de política
tú no entiendes ni jota. Si aú fueras
a Colombia, la tierra de los guapos,
allí seguramente descubrieras
todo el valor de los señores sapos!»

© Biblioteca Nacional de España

Adolfo García

(1872 — 1900)

MAR AFUERA

Fragor sordo de espumas,
lividez de relámpago en las brumas,
redobles de tambor en la honda esfera,
y entre el barco que cruje
y el huracán que ruge,
bajo el ala glacial de la quimera,
tú, que a solas y pálida me nombras,
¡y la mar con sus ímpetus de fiera!
¡y el cielo con sus ímpetus de sombras!

Retumba el tumbo ronco
y, encrespándose, empuja al otro tumbo
que se revuelve, retrocede, y bronco
como bestia feroz, busca otro rumbo . . .
La lluvia cae. El huracán azota
a lo monstruoso, formidable y negro.
Azarada gaviota
huye al fúnebre horror que la persigue.
Y, como al són de multicorde alegro,
la tempestad sonríe: el relámpago
cruza la inmensidad.
El barco sigue! . . .

MATER

Como su mal me aflige,
al verla pensativa,
con la emoción más viva
hacia ella me acerqué y así la dije:

¿Qué tienes, madre mía?
¿Por qué te encuentro pensativa y mustia?
¿Qué tormento te asiste?
No me ocultes la causa de tu angustia!

© Biblioteca Nacional de España

Tu frente está sombría
y has llorado también ¿Por qué estás triste?
Cuéntame tu dolor; muéstrame, madre,
la mano que te ha herido;
tú no sabes sufrir; yo fuí nacido
para tí y para mí. Me siento fuerte
para arrostrar la pena de lo inmundo;
yo perdono el insulto de mi suerte,
más no tolero que te ofenda el mundo!
¡Vamos mi dulce anciana!
No me hagas llorar; dime qué tienes....
ya a reclinar no vienes
sobre mi pecho tu cabeza cana;
tú, la que fe me inspiras,
no me acaricias ya; ya no me miras;
tú, la fiel, tú la buena,
también te empeñas en volcar la roca
que a la inclemencia mundanal resiste;
tú también me señalas con el dedo
el orco de la pena!....

Yo, que del mal me río, estoy ya triste!
Yo que burlé al Dolor, ya tengo miedo!
Y sollozando respondió: "Hijo mío,
no encuentro aliento que a tus ansias cuadre;
por eso me hallo pensativa y mustia;
por eso, yo no río....
sufro porque soy madre;
tu tormento es la causa de mi angustia!"

¡Oh pasión no fingida!
¡Cómo a su cuello me abracé temblando!
En su rugosa faz estampé un beso
y repliqué después, tartamudeando:
Más no te inquietes, madre,
porque sin tregua el Mundo
me azota furibundo,
como azotara el huracán el roble;
porque mis sueños de grandeza insulta
con su lengua mordaz la plebe estulta;
porque soy confundido con lo innoble,
mientras que todo en mí sin mancha esplende.

No llores, madre mía!
La Sociedad impía
porque me ve mendigo no me entiende....

© Biblioteca Nacional de España

Más.... qué me importa su brutal desprecio?
El Mal aquí en la Tierra
es el monstruo de Edipo
y yo sé responder a sus enigmas;
yo con la burla su furor disipo!
Así la dije: y de alegría beodo
pensé en el porvenir.... ¡Oh dicha extraña!
aún tengo un corazón que no es de lodo
y una madre infeliz que me acompaña!....

© Biblioteca Nacional de España

Pedro Fábrega

(1872)

POETA

Yo sé que el contemplar los mil horrores
de tu martirio cruel el alma aterra;
sé que la muerte te hace cruda guerra
y que no hallas amparo a sus rigores;

Que nada has de alcanzar por más que llores;
que tu pecho angustiado ya no encierra
la esperanza de hallar sobre la tierra
un bálsamo que calme tus dolores.

Todo lo sé; más me fascinan tanto
las notas de dolor desgarradoras
con que al mundo pregonas tu quebranto,

Tanta ternura encierran tus lamentos,
que sólo por llorar como tú lloras
yo aceptara gustoso tus tormentos.

RIMAS

Sobre la triste, solitaria piedra
de un palacio que el tiempo convirtió
en ruina y soledad, nacen la hiedra
y la silvestre flor.

Pero en el triste erial del alma mía,
en donde el templo de mi dicha fué,
las flores del placer y la alegría
jamás han de nacer.

Al viajero rendido que camina
en noches de tiniebla y tempestad,
a intervalos las sendas ilumina
relámpago fugaz.

© Biblioteca Nacional de España

Más ay! que de las sendas en que avanza
y avanza sin cesar mi pobre pie,
jamás disipa un rayo de esperanza
la densa lobreguez.

Cenizas que han dejado las pasiones
cuya brillante llama se extinguió;
ruina de las perdidas ilusiones;
escombros del amor;
campo de muerte pálido y sombrío
noche de tempestad y de terror
asilo tembloroso del hastío,
tal es mi corazón.

© Biblioteca Nacional de España

Leon A. Soto

(1874 — 1902)

HOMENAJE

Yo soy el caballero de las edades viejas,
de siglos más ilustres orgullo y galardón.
El héroe de olvidados romances y consejas
que ya vence cien turcos o que ya doma un león.

De tu inviolado alcázar me acerco hasta las rejas
y allí de mis tristezas te digo la canción;
si colocar mi ofrenda bajo tus pies me dejas
para que en él los pongas te traigo el corazón.

Después pausados, tristes, con cavernoso acento
resuenen en las lozas del viejo pavimento
del pobre caballero los pasos al partir.

Y deja que en la mente te finja oh mi cautiva!
en actitud doliente mirando pensativa
hacia el sendero ignoto que seguiré al partir.

A LA VENUS DE MILO

Oh, diosa de los áticos perfiles!
Oh, diosa de las curvas sosegadas!
quiero bajo las jónicas arcadas
cantarte el canto de los veinte abriles.

Dame la frialdad de los buriles
que idearon tus formas delicadas,
para, huyendo del mundo las miradas,
del Himeto vagar por los pensiles.

Yo te amo más que a la de carne tibia,
deidad que se resiste en su lascivia
a nuestro amor trocándolo en martirio,

© Biblioteca Nacional de España

pues, si no puedes darme tus abrazos,
tampoco tienes importunos brazos
que me impidan te abrace hasta el delirio!...

EPICURISMO

Tu moral, Epicuro, no la entiendo;
"Reir es el objeto de la vida"....
¡Y entre tanto, la boca es una herida
que se desgarra cuando estamos riendo!

¿Qué de las carcajadas el estruendo?
Ruido que pasa y que a pensar convida
en la dicha del hombre fementida:
fantasma que va, iluso, persiguiendo.

No puedo ser feliz, menos si ajusto
mi proceder a tu precepto injusto,
sin que a otro ser con mi placer contriste.

Y no quiero la dicha que cercena
en mi provecho la ventura ajena:
¡ser dichoso uno sólo es bien muy triste!

© Biblioteca Nacional de España

Octavio Valdés y Arce

(1876 — 1912)

HORAS NEGRAS

En mis noches de vigilia cuando pienso en mi adorada
y dedico tiernas rimas a su imagen hechicera,
—¡pobre amante! ¡pobre bardo! ¿qué es tu amor? una qui-
(mera!
dice pálido un espectro con burlona carcajada.

Y si sueño que ella me ama, que es mi dulce compañera;
que me embriaga con sus besos y el fulgor de su mirada,
dice pálido el espectro con burlona carcajada:
—¡pobre amante! ¡pobre bardo! ¿qué es tu amor? una qui-
(mera!

Ah! mañana cuando baje a la triste fosa helada
con mis muertas ilusiones de color de primavera,
no interrumpas el silencio de mi tétrica morada,
ni me digas ¡oh fantasma! con burlona carcajada,
—pobre amante! ¡pobre bardo!.... fué tu amor una qui-
(mera!

POESIA CAMPESTRE

(EL BAILE DE MEJORANA)

Al compás de mejoranas y dulcísimos rabeles
y entre un círculo de cholas con vestidos de pollera,
baila esbelta y voluptuosa la zagala Baldomera,
hermosa india de ojos negros cuyos labios son claveles.

Por sus hombros descubiertos la abundante cabellera
se desliza en gruesos moños como negros cascabeles,
y al compás de mejoranas y dulcísimos rabeles,
ritma el seno los balances de su túrgida cadera.

Y después, cuando recoge rumorosa los laureles
conquistados por sus gracias en la danza bullanguera;
al compás de mejoranas y dulcísimos rabeles
la dedican tiernas rimas unos rústicos donceles
que deliran por ser dueños de la virgen hechicera.

© Biblioteca Nacional de España

Darío Herrera

(1877 — 1914)

EL BUEY

Oh buey, te admiro! Un dulce sentimiento
de salud y de paz en mí derramas,
ya te mire del alba entre las gramas,
solemne cual un vivo monumento;

o cuando doblegándote contento,
secundas grave, bajo el sol de llamas,
los esfuerzos del hombre, y los proclamas
en tu mirar cansado y soñoliento.

De tu negra nariz humedecida
exhálase la esencia de tu vida
con tu mugir alegre y sonoroso;

y de tus ojos la dulzura austera
refleja, glauca, la feraz pradera
sumida de la tarde en el reposo!

CANCION DE OTOÑO

(Paul Verlaine)

Los sollozos, largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.

Todo lívido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas de llanto.

Y a un viento malo, sin rumbo,
voy marchando tumbo a tumbo
por mi existencia desierta,
como hálito glacial
de la ráfaga otoñal
la hoja muerta.

© Biblioteca Nacional de España

Alejandro Dutary (Romeo)

(1877 — 1911)

RONDEL

Al pie de la entreabierta celosía
templa el galán con mano temblorosa
su sonora guitarra y amorosa
canción entona llena de armonía.

Al escuchar la dulce melodía
deja el lecho la virgen pudorosa,
y asoma su perfil de Reina-Diosa
tras la entreabierta y vieja celosía.

Y mientras el galán con alegría
canta y toca, la calle tenebrosa
iluminan con luz de medio día,
los ojos expresivos de la hermosa
reclinada en la vieja celosía!

SIMPATIA

Bajo el palio de tus rizos que a tu frente tersa y pura
forman marco que abrillanta de tu rostro la frescura,
luce altivo y soberano el fulgor de tu mirada,
y en tu boca — roja y fresca, donde impera la sonrisa, —
cual gardenia entre una herida toda roja, se divisa
la fineza de tus dientes de blancura inmaculada.

Yo me finjo que en las noches cuando duermes y en el (cielo
cruza lánguida la luna, como una ave en fugaz vuelo,
un lucero te acaricia con su luz de un oro fino
y que el alma de algún poeta de tu rostro enamorada
llega tímida a tu oído y con voz emocionada
dice un verso del Maestro, delicado y cristalino.

Y después en las mañanas, cuando el sol impera ardiente,
y hay más luz entre tus ojos que en el astro refulgente,
mi alma vaga pensativa alredor de tu morada, . . .
y cosecha nuevas fuerzas si te mira entre las flores,
dando envidia a las más frescas, que han tomado sus colores
de tus labios, sangre pura, y tu frente inmaculada....!

© Biblioteca Nacional de España

Aizpuru Aizpuru

(1877)

CUANDO YO HAYA MUERTO

Cuando yo haya muerto
no me lloren a gritos,
ni se vistan de negro;
no me alumbren con cirios,
ni sometan a fúnebres honras
mi frígido cuerpo;
ni tampoco me esculpan en mármol
epitafios que yo no merezco.
Quiero sólo una lágrima,
que nacida en el pecho,
humedezca los ojos
de un amigo sincero;
y que brote un suspiro,
más liviano que el céfiro,
de los labios de alguna
que se duela en secreto.
Y después.... un pedazo de tierra,
una cruz.... y, por Dios.... un recuerdo!

EL ESCAPULARIO

—No me digas que me quite
este viejo escapulario
que mi madre cariñosa
bordó con sus propias manos.

Bien lo recuerdo: la pobre
una noche suspirando
me dijo: "Juan, ya me voy
de este mundo tan ingrato;
ya las piernas me flaquean
mis cabellos están blancos
y el corazón tengo roto

© Biblioteca Nacional de España

por muy hondos desengaños;
me voy y sólo te dejo
este humilde escapulario;
no te lo quites, consérvalo
sobre el pecho colocado...."

Me dices tú que no crea
en la virtud de este trapo;
que si he olvidado las tesis
que me enseñaron los sabios;
que si confío en el cielo
o que si espero en milagros....
No sé cómo contestarte
lo que me has interrogado;
pero sí puedo decirte
que el amor rige el espacio,
que él encamina las almas
a un ideal sobrehumano
y que el amor de las madres
ninguno puede igualarlo.
No me digas, pues, que deje
este viejo escapulario,
porque del amor es símbolo
por mi madre consagrado.

Ella era pobre. Sus restos
no reposan en sagrario,
ni tampoco en mausoleo
erigido por el fausto;
en un oscuro rincón
del humilde campo-santo
sólo una cruz marca el sitio
donde a mi madre enterraron.
¿Ora de ella qué me queda?
Qué de su amor y cuidados?
Unicamente el recuerdo
de los días que pasaron,
una cruz sobre su tumba
y este viejo escapulario!

© Biblioteca Nacional de España

Hector Conte B.

(1879)

PARA ENTONCES?....

Cuando sepas que la muerte, cariñosa y compasiva,
me acaricie con el soplo de las brisas sepulcrales,
cuando sepas que en mi tumba no se ve la siempreviva,
cuando sepas que los males
azotaron mi existencia con vigor acerbo y rudo
y que triste, sólo y mudo,
yerto al fin descanso ya,
oh! no exhales ni una frase que demuestre tu ternura,
porque allá entre las paredes de mi negra sepultura
del afecto que ocultaste ni tu voz se escuchará.
Para entonces yo no quiero que tú exclames conmovida:
"Cuán injusta fué la herida....
cuán inmensa su pasión...."
Ahora—cuando triste
tu desdén me desespera—
en tus labios la sonrisa del cariño ver quisiera,
ahora, cuando todos los rigores del combate audaz resiste
el ardiente corazón.

EL ALCION

En la flexible rama del boscaje
que perfuma las márgenes del río,
descansa un ave cuando el viento frío
con inclemencia azota su plumaje.

Horas muy largas en aquel follaje
se ve permanecer. Quizá el hastío
busca también con su poder sombrío
bajo la suave pluma un hospedaje.

Recorre un pez de reluciente escama
el límpido cristal; y su letargo
el ave deja al fin, y en la corriente
toma el sustento que su sér reclama.
Así, poeta, en tu dolor amargo,
tomas la idea que es luz para tu frente.

© Biblioteca Nacional de España

Nicolle Garay

PAISAJE TROPICAL

(En la boca del río Pacora)

Lenta cubre el Poniente gasa umbría
que empaña de la luz el postrer brillo;
llena el valle el perfume del manglillo;
huele, al entrar al bosque, la curía.

Torna al corral, en busca de su cría,
la vaca: el són monótono del grillo
vibra como un violín en el sencillo
concento de la tarde en agonía.

Termina el labrador su árdua faena.
Cabe la ría ve, de frutos llena,
su piragua y en ella se recrea;
mas, como un palmo apenas mide el agua,
se hecha a dormir tranquilo en la piragua
esperando que suba la marea.

CANTILENA

En un ocaso de grana
le entregué mi corazón,
y al despuntar la mañana
nos dieron la bendición.
—Repicaba la campana
dín-dón, dín-dón.

Después estalló la guerra;
se alistó en un batallón;
cuando se perdió en la sierra
llevaba mi corazón.
—La campana de mi tierra
sonó: dín-dón.

Las cartas que me escribía
inspiraban compasión;
en ellas siempre decía

© Biblioteca Nacional de España

te llevo en mi corazón.
—La campana proseguía
con su dín-dón.—

Los vencedores le hallaron
tendido al pie del cañón;
donde mismo le encontraron
pusieron mi corazón
Y las campanas doblaron
dín-dón.
dín-dón, dín-dón.

Primero lo lloré mucho;
después perdí la razón,
y siento como un serrucho
donde tuve el corazón
cuando la campana escucho:
dín-dón, dín-dón.

COMO LA FLOR DE AROMO

Yo anhelo una casita en la verde sabana
donde los azulejos trinen en la mañana
y donde cuando trémulos la edad torne mis pasos
el canto de los grillos me aduerma en los ocasos.
Una hamaca colocada bajo el enhiesto nance
que florece en el mes en que el sol se halla en Cáncer,
donde evoque en mis horas de siesta los recuerdos
—mientras que a la distancia pacen los bueyes lerdos—
escuchando el murmullo del cercano arroyuelo
cuyo diáfano espejo copia el bosque y el cielo
y piadoso refresca las cañas del plantío
que orillando el camino, va de la casa al río;
donde el pie de la cigua se reparta la cena
del Sábado de Gloria, como en la Noche Buena,
mientras las danzas criollas ejecuta una chica
al són de coplas, palmas y el tambor que repica.
Quiero que bajo el mango do cantando se forja
la oropéndola un nido que semeja una alforja
encuentre el peregrino, si es que a mi puerta toca,
un pan y un sorbo de agua que refresque su boca.
Y que allí mismo, al peso de una larga existencia,
el alma en paz con Cristo, que es la suprema esencia,
en medio a la Natura, serena caiga, como
al soplo de la tarde rueda la flor de aromo.

© Biblioteca Nacional de España

Demetrio Fabrega

(1881)

OLEAJE

Lanzando roncos, fieros rugidos,
el mar furente las costas baña
y al retirarse deja esparcidas
entre la espuma, sobre la playa,
pequeñas conchas de mil colores
que la desnuda ribera esmaltan.

"¿Qué ley suprema me las confía?
¿Por qué nacieron en mis entrañas?
Por qué rodando, siempre rodando,
desde hace siglos la ruda carga
he de ir llevando perennemente
como un castigo sobre mis aguas?
¿Por qué no puedo, sobre una orilla,
por qué no puedo, necio, arrojarlas?"
El océano clamó así un día,
mientras al cielo su espuma alzaba,
y desde entonces hay tantas conchas
amontonadas sobre las playas.

Cuando aparecen sobre la arena
por los reflejos del sol bañadas,
fingen bandadas de mariposas
que de remotas tierras llegaran.
Si por ventura pasa una niña
al contemplarlas queda extasiada,
pensando que ellas le traen recuerdos
del novio ausente que la adoraba;
de aquel mancebo que en una tarde
"adios" le dijo desde esa playa.
Luego las mira una por una
buscando entre ellas las más preciadas,
para ponerlas con sus recuerdos
en el pequeño cofre de nacar,
en ese cofre donde hay cabellos
ensortijados y muchas cartas
y muchos ramos de "no me olvides"
ya desteñidos y sin fragancia.

© Biblioteca Nacional de España

Pasa la niña, luego la arena
las va ocultando con negra capa,
y el océano indiferente
otras arroja sobre la playa.

El mar interno de mi cerebro
en sus terribles, recias borrascas,
sobre las blancas hojas de un libro
como en ocultas, desnudas playas,
también arroja para librarse
de su enojosa pesada carga,
muchas estrofas que son las conchas
que en sus ocultos abismos guarda.
Yo se que nadie cuando ellas caen
vuelve los ojos para mirarlas,
y que el olvido como la arena
las va cubriendo con negra capa;
sé que para ellas no hay sol radiante
ni enamoradas niñas que pasan,
pero aunque triste suerte las lleve
a ser del mundo pronto olvidadas,
el mar revuelto de mi cerebro
como impelido por fuerza extraña
sigue arrojando constantemente
conchas y conchas sobre la playa.

LLANTO MUDO

En la altiva y vetusta catedral de Toledo,
en la puerta que se abre hacia el lado de Oriente
he visto una cariátide, que al decir de la gente,
de un hereje famoso era vivo remedo.

Cuando la lluvia cae por entre el fino enredo
de los frisos que adornan esa mole imponente,
una gota resbala sobre la faz doliente,
y al llegar a los ojos se detiene con miedo.

El sol, al levantarse en su marcha gloriosa,
en la muerta pupila, como lágrima viva,
hace brillar la gota que rodó silenciosa.

Y es así como ha siglos, sepultada entre yedra,
la cariátide aquella que del mundo se esquiva
viene llorando a solas con sus ojos de piedra.

© Biblioteca Nacional de España

Zoraida Diaz de Schtronn

(1881)

DEUS DEDIT, DEUS ABSTUTIT

Señor: él era justo y abnegado;
con tu amor y mi amor llenó su vida,
y dió paz a cada alma dolorida
y fe y consejo a cada descarriado.

Por defender tu nombre fué soldado,
y en lucha desigual enardecida,
cayó por siempre con la frente herida,
en un gesto de clásico cruzado.

Desde entonces, Señor, por las oscuras
pendientes donde sola me dejaste,
consuelo mis amargas desventuras

pensando: si era justo y Tú lo amaste,
habrá gloria mejor en tus alturas
cuando de entre mis brazos lo arrancaste.

© Biblioteca Nacional de España

Benigno Palma

(1882)

LA PLEBE

Andrajosa, misérrima, ignorada
la obscura plebe por doquier se muestra
entre el polvo que se alza en las ciudades,
arrastrando su oprobio y su bajeza.

En la lucha tenaz con que batallan,
encorvados so el peso de sus penas
lloran las hembras sus eternas ansias,
ruedan los hombres en la eterna brega.

No comprenden, ilotas, su destino;
el estigma fatal que los condena.
Tántalos ciegos a su roca atados,
miserandas criaturas irredentas.

Ansiando siempre en ansiedad sucumben
víctimas torpes de su propia inercia;
y en pasivas inercias derrotadas,
esclavos son de sus ocultas fuerzas.

De las ciudades en que el oro triunfa,
en la asfixiante atmósfera que enerva,
prefieren ser esclavos miserables
del capital que su vivir estrecha.

Y el esplendor de la ciudad que adoran,
con deslumbrante esplendidez serena,
como sarcasmo de su eterno oprobio,
es la causa fatal de sus miserias.

Los campos bellos por doquier entonan
himnos de vida que el espacio pueblan;
y la tierra magnánima no esquiva
al surco amigo la propicia vena.

© Biblioteca Nacional de España

Ve, obscura plebe, y a poblar los campos
vuestra prole llevad y vuestras tiendas;
con el sudor copioso de la frente,
id a regar la fecundante tierra.

Ella os dará su albergue generosa
poblada de riachuelos y de ceibas,
por amplio pabellón teniendo el cielo,
la libertad del campo por bandera.

Libres allí del opresor magnate
que ruin explota vuestra ruin afrenta,
ensayad el esfuerzo de los músculos
del arado benéfico en la reja.

La simiente veréis que el tallo brota,
sus áureas gemas os dará la veta;
y el arroyo en sus linfas trepadoras,
el polvo de oro entre la limpia arena.

¡No más ciudades si queréis ser libres!
Dejad la infamia sepultada en ellas;
y amándoos los unos a los otros,
id a poblar los campos y las sierras.

© Biblioteca Nacional de España

Ricardo Miró

(1883)

EL POEMA DEL RUISEÑOR

Desde la rama del ciprés dormido
el dulce ruiseñor canta a la Luna
y la invita a bajar hasta su nido . . .
Ya ves qué casto amor tan sin fortuna . . .
Y eso que el ruiseñor, en un descuido,
puede llegar volando hasta la Luna.

Envuelto entre la luz embrujadora
da al viento el ruiseñor todas las galas
que su garganta mágica atesora . . .
Y la luna se vuelve toda escalas
de seda y luz . . . (La Luna dizque ignora
que su dulce cantor tiene dos alas) . . .

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores . . .
Astro y pájaro, a un tiempo, están divinos
Y ella desciende hasta él vuelta fulgores,
y él asciende hasta ella vuelto trinos . . .

Lleno de sombra y de quietud, como una
pupila abierta al cielo indiferente,
un retazo perdido de laguna
sueña en la fronda del jardín . . . Presiente
la pálida belleza de la Luna
aquel espejo claro y transparente.

El ruiseñor solloza dolorido
envuelto entre la luz embrujadora
cuando calla, de pronto, sorprendido,
porque desde la rama en donde llora
advierte que la Luna se ha caído
y flota sobre el agua onduladora.

© Biblioteca Nacional de España

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores....
Luna y pájaro, a un tiempo, están divinos . . .
Y ella asciende hasta él vuelta fulgores,
y él desciende hasta ella vuelto trinos....

El pájaro suplica, impreca y canta
mientras se multiplica a maravilla
la flauta de su eglógica garganta....
Y salta alegre al ver como se humilla
la Luna que corriendo tras su planta
se acerca sobre el agua hasta la orilla....

Ante el dulce deliquio que le miente
la Luna, riendo del cristal del lago,
loco de amor el ruiseñor se siente,
y respondiendo al amoroso halago,
hunde el pico en el agua transparente
y se bebe la Luna trago a trago.

LA ULTIMA GAVIOTA

Como una franja temblorosa, rota
del manto de la tarde, en raudo vuelo
se esfuma la bandada por el cielo
buscando, acaso, una ribera ignota.

Detrás, muy lejos, sigue una gaviota
que con creciente y pertinaz anhelo
va de la soledad rasgando el velo
por alcanzar la banda ya remota.

De la tarde surgió la casta estrella
y halló, siempre volando, a la olvidada,
de la rauda patrulla tras la huella.

Historia de mi vida compendiada!
porque yo soy, cual la gaviota aquella,
ave dejada atrás por la bandada.

© Biblioteca Nacional de España

PATRIA

Oh Patria tan pequeña, tendida sobre un Istmo
donde es el mar más verde y es más vibrante el sol,
en mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la rosada celda del caracol.

Revuelvo la mirada y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a tí me ha de tornar...
¡Quizá nunca supiera que te quería tanto
si el Hado no dispone que atravesara el mar!....

La Patria es el recuerdo!.... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió,
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al paso nos conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.

¡Oh mis vetustas torres, queridas y lejanas,
yo siento las nostalgias de vuestro repicar!
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, ¡torres mías lejanas!
cantar como vosotras, cantar y sollozar.

La Patria es el recuerdo....¡Pedazos de la vida
envueltos en girones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

¡Oh Patria, tan pequeña, que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón;
quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
llevarte toda entera dentro del corazón!

© Biblioteca Nacional de España

A PORTOBELO

Portobelo ilustre, léxico de piedra,
jardín de recuerdos, ciudad noble y fiel:
Bajo tus espesas cortinas de yedra
dormita un pasado de eterno laurel.
En tu indiferencia grave y pensativa
no hay una pulgada donde no se advierta
el mudo vestigio de una historia muerta
o la roja llama de una gloria viva.
Pasaron los tiempos del real decoro,
la galantería, el fausto español,
cuando resbalaban las galeras de oro
como graves cisnes del País del Sol.
Hoy rompiendo apenas tu bahía mágica
— restos que un naufragio dejara al azar —
un mástil, a modo de una mano trágica,
asoma, crispado, del fondo del mar.
Oh tus fortalezas!.... En épicas ruinas
se yerguen luchando con su aciaga suerte,
y ya sólo rompen su quietud de muerte,
para hacer sus nidos, las aves marinas.
Tus viejos cañones que de cumbre en cumbre
llevaron sus ecos por el vasto mar
hoy duermen, cubiertos de olvido y herrumbre,
soñando que se oyen de nuevo tronar.
En las medias noches tétricas y oscuras
vagan por tus calles sombras y visiones,
se escuchan murmullos, se oyen oraciones,
salidos quién sabe de qué sepulturas.
Y en las noches fúlgidas de nácar y Luna
flotan sobre el ala tenue de las brisas
canciones y notas, palabras y risas
que turban en ecos tu quieta laguna.
Portobelo ilustre, patrio orgullo viejo,
jardín florecido de eterno laurel:
Hoy sólo te queda tu mar, limpio espejo
que te dice cosas que saben tú y él.
Por tu bella historia, roja y estupenda,
por tu breve vida de fausto y dolor,
eres, Portobelo, ciudad de leyenda,
ciudad de recuerdos y ciudad de amor.

© Biblioteca Nacional de España

LA LEYENDA DEL PACIFICO

A un poeta español

Y bien, ya te abanican mis líricos palmares,
ya escuchas la armoniosa canción de mis dos mares
y sueñas a la falda fraterna del Ancón.
Tú, qué sabes qué dice cada eco en la montaña,
quizás bajo sus árboles halles algo de España
y a su recuerdo lata tu noble corazón.

Yo soy, tal vez, el último de aquella fuerte raza
que opuso a la conquista como única coraza
desnudo el bravo pecho tostado a mar y a sol,
y hoy, bajo cuatro siglos que pesan en mis hombros,
desde la selva obscura de todos mis asombros
no sé si soy un indio o soy un español.

Si doblas la rodilla, si aplicas el oído
sobre mi amado suelo, oirás ecos de un ruido
sordo, de palafranes, de espuelas, de metal....
Pasó por este puente tal gloria y tanta gente
que Dios, tan sólo, pudo fabricar este puente
para que resistiera la pompa colonial.

Desfiló por las playas de esta Castilla de Oro
desde el Virrey adusto del señorial decoro
hasta el pirata rojo sin ley y sin pudor;
y hoy por eso bajo este cielo de primavera
ves como en cada ojo que pasa reverbera
el alma de un pirata o de un Emperador.

Tú luces la corona del Príncipe del verso;
yo ostento un gran plumaje polícromo disperso
sobre mi ruda frente por las brisas del Mar.
Y hoy, como ayer, el indio bravo de su montaña
sale a buscar al hijo invicto de la España
para ofrecerle su oro, sus perlas y su hogar.

Pero hoy está ya exhusta mi Castilla del Oro....
Se agotaron las perlas y se extinguió el tesoro,
y apenas si el recuerdo de todo me quedó;
pero voy a contarte un cuento que es historia
para que tú, que hoy tornas al País de la Gloria,
lo cuentes y te olvides de quien te lo contó:

© Biblioteca Nacional de España

Un día Vasco Núñez de Balboa, cansado
del Cuartel, las intrigas, las barajas y el vino,
salió meditabundo, sólo, por un camino
que él nunca transitara, y abandonó el poblado,
Quién sabe cuánto anduvo don Vasco Núñez!.... Era
la tarde una radiantetarde de Primavera,
y el héroe, del cansancio de caminar, rendido,
tendióse sobre el césped y se quedó dormido.
Y Vasco Nuñez tuvo un sueño de aladino:
Vió un gran Mar sin confines, azul y cristalino,
donde galeras de oro trazaban el camino
hacia un País de ensueño, remoto e ignorado,
con montes de esmeralda, con cielo recamado
de diáfanos brillantes, que acaso era Eldorado....
La arena, a trechos roja y a trechos amarilla,
fingía bajo chorros de luz, sobre la orilla
los gloriosos colores del pendón de Castilla
De pronto oyó un clarín gritar épicamente,
y sobre la ancha cinta de arena reluciente
vió aparecer un grupo de héroes, de repente.
Vióse don Vasco Núñez de Balboa el primero,
y detrás iba el grupo siguiendo el derrotero
que en la arena dejaba su firme pie de acero.
Cada hombre era un Titán. Al ritmo de sus pasos
la luz, desde el dorado volcán de los ocasos,
llegaba a sus corazas a hacerse mil pedazos.
Y envueltos en la llama del rayo postrimero
cada hombre era de plata, de oro, todo entero,
y el que no era de plata ni de oro, era de acero.
El Sol, en tanto, ébrio de rosas y topacios,
pintaba en el inmenso plafón de los espacios
montañas de oro, y ríos, ciudades y palacios,
hasta que al fin los héroes doblaron la rodilla
aténitos, y nunca la fe tuvo Capilla
más solemne que aquella maravillosa orilla
desde donde a los últimos destellos del Poniente
se veían tres mástiles que al ojo, de repente
parecían tres cruces buscando a aquella gente....
De pronto hubo en los héroes un estremecimiento
y como un haz de espigas mecido por el viento,
la deslumbrante tropa se puso en movimiento,
mientras la barca, de oro hasta la aguda quilla,
luciendo en los tres mástiles la enseña de Castilla,
se fué pausadamente llegando hacia la orilla.

© Biblioteca Nacional de España

El Piloto en la prora y a su lado una Dama.
—El Capitán Balboa?
—Yo soy! Mas . . . quién me llama?
—El Destino.
—Y la Dama?
Es la Gloria, que os ama!
Y de improviso un puente de luz, desde la popa
tendióse hasta la playa donde la alegre tropa
radiaba de contento cual si tornase a Europa.
Y era de ver a aquella falanje refulgente
cruzando por los aires sobre el extraño puente
a las últimas luces doradas del Poniente.
Después se oyó un gran grito de voces jubilosas,
la barca abrió las velas anchas y luminosas,
y el cielo llovió rosas, y rosas y más rosas . . .

*
* *

Cuando don Vasco Núñez volvió sobresaltado,
al entreabrir los ojos encontróse a su lado
a una virgen indiana, agrestemente hermosa,
que en él clavaba una mirada cariñosa,
mientras una sonrisa de candidez abría
la rosa de sus labios, vírgenes todavía.

Don Vasco, ante el fracaso, rompía ya en enojos;
pero quedóse viendo de pronto aquellos ojos
grandes y soñadores, dulces y cristalinos,
que más que ojos eran crepúsculos marinos,
y quién sabe qué cosas descubrió en su retina
porque endulzando el tono de su voz masculina
dijo así a la zagala:
—Tenéis ojos muy bellos!
—Señor, y si supiérais lo que sufrí por ellos!....
—Decís? Será posible?.... Viéndolos me imagino
ver un gran mar sin playas, azul y cristalino,
en cuyo fondo, lleno de tenue claridad,
mora el País soñado de la Felicidad....
—Precisamente.... Plugo a mi fatal destino
que en mis pupilas todos hallarán el camino
hacia sus esperanzas.... Yo.... desgraciadamente....
—Amáis?
—Tal vez!
La noche llegaba lentamente
y encima de los montes azules y altaneros
abrían sus jardines de plata los luceros....

© Biblioteca Nacional de España

El héroe y la zagala, mudos y pensativos,
llenaban su silencio de puntos suspensivos
cuando ella, sacudiendo la obscura cabellera
sobre la espalda mórbida, habló de esta manera:

—Mi padre es el Monarca de un Reino fabuloso.
Nadie como él tan noble, valiente y poderoso.
Cuando yo vine al mundo, mi padre que veía
en mí sus esperanzas, su gloria y su alegría,
quiso que el más anciano de todos los ancianos
leyera en las dos palmas rosadas de mis manos
mi porvenir, y el viejo dijo:
—Será muy bella,
pero ha venido al Mundo bajo una mala estrella.
El Dolor y la Muerte siempre irán a su lado,
y ha de tener el pecho para el amor cerrado
hasta el aciago día en que un blanco guerrero
llegue de un Reino extraño buscando el derrotero
hacia la Gloria, y ella le dará amor y gloria
para escribir la página más bella de la Historia,
y ese guerrero extraño será Rey en tu casa,
y te dará su idioma y te dará su raza.

—Señor: y fuí creciendo, creciendo hasta que un día
supe, no sé cómo, la extraña profecía
y desde entonces late mi corazón cuitado
en espera de aquel misterioso soldado....

A veces a la orilla de mi mar....

—Vuestro mar?

—Oidme con paciencia que voy a terminar....
A veces a orillas de mis playas me iba
y frente al horizonte quedaba pensativa
absorta ante las aguas azules y remotas....
Cuántas veces el ala fugaz de las gaviotas
fingióme en lontananza la vela de un navío
que siempre naufragaba para el anhelo mío!....

Tanto bajé a mi mar a esperar y a llorar
que todos me apellidan la Princesa del Mar,
y vos, que antes me dijísteis que eran mis ojos bellos,
sin saberlo alabásteis el mar que copian ellos.

© Biblioteca Nacional de España

—Y el mar, Princesa, en dónde? Le plugo a mi destino
que a vos tocara darle final a mi camino,
y a fe que es gloria larga a fatigas y enojos
hallar un mar y hallarlo primero en vuestros ojos.

—Sabéis que ahora recuerdo la amarga profecía? . . .

—Y no esperábais vos por mar, Princesita mía?

—Si tal, pero me dicen que Amor es tan ladino
que, a veces, exprofeso, equivoca el camino.

Y la gentil Princesa, que ardía ya en amores,
dijo bajando el rostro cubierto de rubores:
—Subamos que ya, a poco, calmaréis vuestro anhelo.
Veréis mi mar, pudiera ser espejo del Cielo.

Subían en la sombra azul de la montaña
la Princesa del Mar y el Capitán de España
e igual latían el pecho forrado en fuerte acero
que el otro, estremecido por el amor primero,
y ya casi en las cumbres azules y brumosas
en donde las estrellas se ven más luminosas,
el Capitán Balboa paróse sorprendido,
porque ante sus pupilas, como un metal bruñido,
bajo la embrujadora luz verde de la Luna,
un nuevo mar soñaba un sueño de laguna,
mientras que la Princesa decía entre sonrojos:

—Señor: ese es el mar que vistéis en mis ojos!....
—Palabras? No hay palabras que digan la emoción
Y allí los dos, unidos por las febriles manos,
eran como dos novios, tal como dos hermanos,
y la Luna, gozosa, ante la escena grata,
deshojaba sobre ellos sus jardines de plata.

*
* *

Ya ves? Esta es la historia
donde el Amor camina del brazo de la Gloria;
pero ahora caigo en cuenta de que te he dicho en verso
que halló Balboa en dos ojos un mar de ondas tranquilas,
cuando tú, tras el fondo de luz de dos pupilas,
en vez de un mar sin playas hallaste un Universo.

© Biblioteca Nacional de España

Hortensio de Icaza

(1883)

A PANAMA

En el 88º aniversario de su fecha magna

A tí, gloriosa Patria de fúlgida memoria,
para quien son pequeños los fastos de la Historia,
dedico de mi numen las arduas concepciones.
Eres pequeña y vales porque eres un tesoro,
y los que te llamaron Castilla la del Oro
no vieron otra tierra de tan hermosos dones.

Porque eres tú la patria que a todos brinda asilo
y es en tus aguas menos monstruoso el cocodrilo
y es más hermoso el tigre que vive en tus boscajes,
te quieren y te buscan los hijos de la tierra,
y en tu nobleza augusta tu puerta no se cierra
ni al que amargó tu vida con crímenes y ultrajes.

Aquí convergen todos, de todos los confines,
al són irresistible que vibra en los clarines
con que el Progreso canta su gigantesca hazaña.
Hoy eres fresco oasis que adivinó el viajero,
como en un tiempo fuiste pedazo de sendero
para llevar riquezas a la vetusta España.

Fué el tiempo en que se abría la flor de tu renombre
millonaria de aromas, cuando llegó aquel hombre,
al que quizá arrullaste con tiernas barcarolas
y luego, como premio de todos tus afanes,
lo hiciste confidente de que eran dos titanes
los que te prodigaban los himnos de sus olas.

Y como tú lo amabas, por eso quiso el Hado
armar con la tragedia la mano de un malvado,
para que sepultase la tierra panameña
los despojos del héroe de heráldica figura,
del héroe que hoy ostenta su casco y su armadura
sobre la hermosa efigie de la moneda itsmeña.

© Biblioteca Nacional de España

Como por copa de oro—premio que se disputa
el valor de los hombres—libraban en su ruta
combates que traían la sangre hasta tus lares:
así por tí formaban desesperada guerra
no sólo los monarcas que viven en la tierra
sino también los reyes siniestros de los mares.

Un día despertaste confusa y sorprendida
porque una formidable y terrible sacudida
vino a anunciar de un héroe la imponderable fama
fué el suelo de los Andes nido de tempestades,
y gloria más sublime no cuentan las edades
ni nunca fué más bella la voz del Tequendama.

Y tú también quisiste romper tu innoble yugo
tus nervios se crisparon y el rostro del verdugo
palideció de espanto cuando miró tu ceño;
y desconfiado y triste pensó en su fortaleza,
porque en Junín ya supo la singular fiereza
del león cuando despierta de su profundo sueño.

Y luego se abrió el libro de tu gloriosa historia
y tú, sobre el alado corcel de la Victoria,
sentiste las caricias del astro más radioso,
y aunque no fué rasgada tu túnica de armiño,
en Elas Arosemena tuviste tu Nariño,
tuviste tu Bolívar en Fábrega el coloso.

Porque si en ese día no consintió la Suerte
que asolara tus campos el ángel de la Muerte
al quebrantar tus hijos la bárbara cadena
eso no amengua en nada tu historia que fulgura,
ni fué porque a ese Fábrega faltase la bravura
del héroe traicionado, proscrito en Santa Elena.

No pudo estar de incógnito la condición humana
y como aquellos Dioses de la Historia Pagana
así también tus héroes bebieron el beleño
de la fatal discordia: tal vez no eran culpables,
porque ellos fueron astros inmensos, formidables,
y juntos no cabían en Cosmos tan pequeño.

Pasados los errores de triste consecuencia
más tarde el patriotismo formaba en tu existencia
gigantescos proyectos de tu grandeza en aras,
y todos meditaban, con egoísmo sano,
si le faltaban astros al cielo colombiano
o si faltaba un cielo para que tú brillaras.

© Biblioteca Nacional de España

Y en tu indecisa vida probaste muchas veces
la unión que injustamente pagabas tú con creces,
pues eras rica y digna de afectos más prolijos,
y la que en tí una hermana buscó, viendo el tesoro
que guardaban tus ubres exuberantes de oro
te convirtió en nodriza para lactar sus hijos.

Tus tierras fueron teatro de infamias y exterminio,
la unión que te ofrecieron se convirtió en dominio,
y mientras el sonrojo manchaba tus mejillas,
aquellos que mataron tu más hermoso sueño
no sólo le usurpaban el solio al panameño
sino que lo obligaban a estarse de rodillas.

Así pasaron años, hasta que vino el día
en que rasgaste el negro velo que oscurecía
de tus libertadores el magno patriotismo
con tu "tres de noviembre, con ese huracán mudo,
donde nació aquel rayo que destrozó el escudo
de la que te pagaba tu amor con despotismo.

Y como sosteniendo grandiosos monumentos
tus polos hoy semejan dos brazos, dos portentos!
cual si juntar quisiera con un abrazo estrecho
los dos trozos de tierra que han dado más tributos:
¡la América de Washington, la de precoces frutos!
¡la América que a España le arrebató el derecho!

La solución tú sola has sido del problema
de redención sin sangre, lo que será el emblema
del moderno civismo que adornará tu frente;
despide, pues, la lumbre de tu fulgor lujoso,
que seguirá luciendo como un diamante hermoso
engarzado en la joya del Nuevo Continente.

EL ARBOL DE LA MUERTE

Cuentan que en las Caribes un viajero,
de ceño torvo y ojos como llamas,
una noche, del sueño prisionero,
se durmió bajo el árbol traicionero
que mata con la sombra de sus ramas.

Y sin embargo conservó la vida;
y cuando el Alba derramó su brillo
se alzó del suelo y se marchó en seguida:
era aquel hombre extraño un parricida,
y murió esa mañana el manzanillo!

© Biblioteca Nacional de España

José Simón Rucabado

ECOS INTIMOS

Yo no siento el dolor de las espinas
Punzadoras del odio y del dicterio....
Cuando alguno me hiere, mi salterio
Me alegra con sus dulces cavatinas.

Si en actitud inculta, en asechanza,
Alguien me aguarda para herirme fiero,
Yo le brindo mi pecho, en la confianza
De que si es hombre arrojará su acero....
De que si es noble romperá su lanza.

Nada inmuta mi fe de apolonida!
Mi espíritu templado en la refriega
De todas las pasiones de la Vida,
Tiene para salvar de toda brega
una sana conciencia por egida.

Yo soy como el perínclito Trajano,
Hombre que voy de la amenaza en pos:
Cuando alguien quiere, en su furor insano,
Verter mi sangre con su propia mano
Yo voy a él con caminar veloz.

Yo no anhelo ni víctores ni palmas;
Prefiero de la crítica el encono,
Pues bien me sé que el lisonjero tono
Corrompe como un ácido las almas.

Para obrar con el Bien no es necesario
Recompensa mi aplauso. El que se inspira
En sentimientos puros, nunca mira
Si arderá tras de su obra un incensario.

Cumpliendo mi deber, yo desafío
Los ataques del vulgo indiferente,
Que su espinazo a la bajeza arquea.
Para vencer al adversario impío
En cruenta lucha, en infernal pelea,
Tengo la fòrtaleza del vidente....
¡Tengo el arma invencible de la Idea!

© Biblioteca Nacional de España

José María Guardia

LAS LAVANDERAS

(Para Héctor Conte B.)

Por los flancos grisosos de las laderas
bordadas de risueño, verde plantío,
van alegres cantando, con rumbo al río,
en bullidor enjambre, las lavanderas.

Cada cual va a su sitio. Con mil maneras
buscan sus viejas piedras; tiran el lío,
y ansiosas se preparan bajo el sombrío
y encantador ramaje de las riberas.

Comienza la faena cansada y dura:
el jabón con su espuma tiñe en blancura
lo que antes fué cual piélago de esmeraldas;

las lavanderas alzan a Dios los ojos,
y el sol pone un reguero de rayos rojos
sobre las desnudeces de sus espaldas!

EL ARBOL GEMELO

En el comienzo gris de la colina,
como marcando fin a la llanura,
se alza piadosamente la figura
venerable y querida de una encina.

Al rudo golpe del dolor inclina
su limpio varillaje en la espesura....
mas guarda un nombre en la corteza dura
que le escribió mi mano peregrina....

Oh pobre árbol sinuoso del camino! . . .
Quién nos hubiera dicho que el destino
nos cobijara con sus mismas sañas:

yo también el cansancio voy sintiendo
y también como tú me voy muriendo
con un nombre grabado en las entrañas.

© Biblioteca Nacional de España

Juan Ramírez R.

(1885)

PRESENTIMIENTO

I

Sé que no has de vivir siempre dichosa;
que has de sentir voraz remordimiento;
y que en el raudo musitar del viento
han de venir tus quejas a mi choza.

Y tú, que me abrumaste con desdenes
y te entregaste a la quimera loca,
volverás con los besos de tu boca,
a preludiar tu amor sobre mis sienes.

Pero al llegar de nuevo a mi cabaña
se habrá extinguido tu belleza extraña
y ya estarán marchitos tus primores,

como se han marchitado los jardines,
donde frescos rosales y jazmines
perfumaron ayer nuestros amores.

II

No te guardo rencor. Si has preferido
seguir con tu impiedad otro sendero
y abandonar el bendecido alero
que nos sirvió en tiempo de albo nido;

Si de la vida en la eternal comedia
has querido que baje la pendiente
exhibiendo, cansado, diariamente,
mi papel de pesar y de tragedia,

pienso que tú también—llegará el día—
imitarás a la Melancolía
con tus miradas lánguidas e inciertas....

pienso que volverás arrepentida
y que en la ruta de mi triste vida
he de besar tus morbideces muertas.

© Biblioteca Nacional de España

Guillermo Batalla

(1886)

LAS CANAS DE MI MADRE

(Viendo su retrato)

Imagen bella de mi madre amada,
en esta inmensidad dulce consuelo;
cuán hermosa te encuentras colocada
en tu marco de rojo terciopelo.

Se reflejan de tu alma las virtudes
en las pupilas de tus tristes ojos;
y aire regio que impone multitudes
te dan de tus cabellos los manojos.

Esos lampos de plata cual auroras
de un despertar en época de invierno,
de tus viejos pesares son las horas,
de tu pasada vida el sello eterno.

Son ellos tus inmensas amarguras,
de un pasado feliz recuerdo triste;
de aquel dolor sin fin son las torturas,
cuando a mi padre en mi niñez perdiste.

Ellos son tus cuidados y desvelos,
aquellas noches largas de agonía
en que implorando a los sagrados cielos,
te encontraba la luz del nuevo día.

Mientras que alegre, a tu sufrir ajeno,
de tus hondos pesares inocente,
me dormía feliz sobre tu seno
al tierno arrullo de tu orar ferviente.

El valor ignoraba de esas canas,
de acerbo padecer emblema santo;
guedejas que la luz vieron tempranas,
¡pobres! nacidas del dolor y el llanto!

© Biblioteca Nacional de España

¡Sedosas, negras cabelleras, lejos!
¡Lejos dorados y esplendentes rizos!
¡No tenéis de estas hebras los reflejos!
¡No tenéis de esta nieve los hechizos!

¡Vosotras no sabéis qué es desventura,
de la vida ignoráis los desengaños;
si de escarcha os cubrís, vuestra blancur
tiene el tinte marchito de los años.

¡Oh canas de mi madre, venerables!
¡Oh imagen que mis penas aminora!
a través de estos mares insondables
la ofrenda recibid del que os adora!

CANTO AL TRABAJO

¡Salve, oh Padre benéfico y fecundo,
reformador enérgico del mundo,
excelsa poesía,
fanal esplendoroso que nos guía
de la virtud por la escondida senda,
adversario del vicio, fuerte escudo
que en la humana contienda
simboliza la gloria y la alegría!
¡Sublime redentor del universo,
en nombre del Deber yo te saludo
con la sencilla estrofa de mi verso!

La selva augusta
se estremece y asusta
al verte penetrar en su morada
y al escuchar del hacha el golpe seco
al cielo eleva su protesta airada;
vacila el grueso tronco centenario
mas pronto da con tu ramaje en tierra
produciendo un estrépito que aterra
y ensordece el paraje solitario.
El devorante fuego
la obra a completar se acerca luego;
cruje y se queja la abrasada encina
y queda al fin la selva despojada
de su verde sayal, negra, enlutada.

© Biblioteca Nacional de España

Turno al arado toca
y las entrañas de la tierra clava;
Natura entonces, tu obediente esclava,
te brinda amable sus valiosos dones,
y a aquella faja inculta, respetada
por cien generaciones
transforma en fértil zona cultivada,
do el labrador, en meses bienhechores
el fruto encontrará de sus sudores.

Calma el trabajo el hondo desconsuelo
del pobre hogar y como luz del cielo
disipa el triste llanto
que hace asomar al rostro del vencido
de la desgracia el implacable manto.
A su paso renace la esperanza
huye el tedio espantoso del letargo,
radiante asoma el sol de bienandanza
y el hombre se remonta hasta la cumbre
donde fulgura de virtud la lumbre.

El Trabajo doquiera que aparece
es luz vivificante y redentora;
áncora salvadora
que el Hacedor del Universo ofrece
a la nación que su impotencia llora.
A su ímpetu grandioso;
cambia de faz el porvenir dudoso,
blanca aurora de paz sus alas vierte;
la multitud despierta vergonzosa
y a la lucha se lanza presurosa:
un horizonte halagador se advierte....
Es la fuerza de acción, es la energía
de emprendedora activa muchedumbre
que del Progreso la radiante cumbre
escala, verdadera Eucaristía
del digno ciudadano
que el bien eterno de su patria ansía.

Es el Trabajo antorcha que ilumina
las densas sombras de la humana mente
genio de luz de resplandor potente
que al sabio brinda inspiración divina.
Es causa que ennoblece,
dulce tarea que al mortal ofrece
la inmensa dicha del deber cumplido;
caudal desconocido,

© Biblioteca Nacional de España

no del patriota corazón que quiere
el triunfo de su pueblo y de su raza,
sino de aquel a quien la inercia hiere,
el vicio despedaza,
y en estúpida masa convertido
en el desprecio vergonzoso muere.

Mil veces, sí, cobarde el que indolente
en la eternal pelea
desespere y se crea
para el triunfo sin fuerzas, impotente;
la Fe jamás flaquea
de aquel que en el Trabajo es persistente
El hombre de energías no fracasa,
es él el verdadero progresista
industrioso y moderno,
el ejemplar guerrero que conquista
con su recto carácter y firmeza,
a más de su riqueza,
el bienestar común, su orgullo y gloria
y un puesto en los anales de la Historia.

¡Sagrada esclavitud; yugo sin peso,
oh tú, prenda de paz, bendito sea
cuanto tu mano bienhechora crea!
Fuente del adelanto y del progreso,
quiera divina Providencia un día
formes la sola idea
de esta adorada y rica Pàtria mía!

© Biblioteca Nacional de España

Enrique Geenzier

(1887)

A ESPAÑA

Mentira! Tú no estás en decadencia
noble, gloriosa y bendecida España.
No estás en el cenit de la existencia
ni te envuelve tampoco su alborada;
sino que en el ocaso has descendido,
como el vibrante sol, envuelta en llamas,
para reaparecer más grande y bella
sobre el gris horizonte del mañana.

No estás en decadencia, como dicen:
estás en gestación, cual la crisálida.
Mas, cuando rompas la ruinosa cárcel
en que yaces cautiva por tu gracia,
sobre el glauco verjel del universo
llenas de luz extenderás tus alas.

Muchos te olvidan hoy porque no alumbras
el mundo con el brillo de tu espada
que ardida en blanco resplandor de gloria
alumbró los laureles de Numancia.
Mas cuando tú el ocaso traspusiste
y en la tierra cayó la sombra vasta,
la negra noche se pobló de estrellas
y olvidando que tú la luz les dabas
el mundo te arrojó de su memoria
como una vieja antorcha ya apagada.

¡Ingrato gesto con que premia el mundo
la excelsitud de tu gloriosa cátedra!

Y tú sigues errante por la vida
más hermosa que nunca en tu desgracia;
porque donde la sien irguieron otros
se ve la huella de tu augusta planta;
porque llevas, a modo de turbante,
la sien ceñida por ardientes llamas;

© Biblioteca Nacional de España

porque cruzas la noche de los tiempos
envuelta en la mantilla de tu gracia,
el pecho rebosante de claveles
y alegre, como el són de tus guitarras,
como si ya en el borde del sepulcro
sintieras mocedad en las entrañas,
fuego de amor en los ardientes ojos
y luz primaveral dentro del alma.

Los que de tí se burlan nada saben!
Las naciones más fuertes y avanzadas
apenas pueden resistir el brillo
de tus negras pupilas entornadas:
porque ellas a manera de satélites
que el sol radiante con su lumbre baña,
sólo brillaron cuando tú te fuiste
a derramar tu lumbre en otras playas;
porque por órbita tuvieron sólo
un cuarto de hemisferio, Madre España,
y en cambio tú de claridad poblaste
las regiones más tétricas del atlas!

Y hay, sin embargo, quien a tí se atreve
y duda de tu gloria y tu pujanza;
porque talvez ignora que tú eres
archivo legendario de la Fama,
fuente de inspiración y de nobleza,
crisol del heroísmo y de la gracia,
cuna florida del robusto ingenio
y madre de esta tierra americana
que desde Río Grande al Cabo de Hornos
alienta con sus jugos a una raza
por cuyas venas en secreto impulso
discurre sin cesar tu sangre hidalga
y cuya lengua es la harmoniosa lengua
que hablaron Don Quijote y Sancho Panza.

Mentira! Tú no estás en decadencia
noble, gloriosa y bendecida España.
No estás en el cenit de la existencia
ni te envuelve tampoco su alborada;
sino que en el ocaso has descendido,
como el vibrante sol, envuelta en llamas,
para reaparecer más grande y bella
sobre el gris horizonte del mañana!

© Biblioteca Nacional de España

LA EPOPEYA DEL HIERRO

(Canal de Panamá)

La gloria no es tan sólo del águila pujante
que socavó las rocas con sus garras de acero:
también es de la España del Sabio Navegante
y de la Francia altiva, científica y pensante.

¡Es gloria de las razas y para el mundo entero!

Mirad la obra: en ella
el lema de mi patria con sangre de las razas
en la profunda brecha quedó por siempre escrito.
Latinos y sajones allí dejaron huella
al desplomarse bajo las rocosas masas
o heridos por la aguda ponzoña del mosquito.

Mas no la mente anublen prejuicios infundados:
ya nadie negar puede que fueron los Cruzados
del Norte de la América los héroes al final.
La garra tinta en sangre de escuálido cordero
hincaron en la roca como punzante acero
hasta dejar abierta la ruta colosal.

Mirad la obra: es ella blasón que simboliza
el triunfo de una raza potente, que armoniza
constancia, poderíos y anhelos de vivir:
la raza que con músculos de acero retemplado
no vive contemplando, cual otras, su pasado,
sino que va al encuentro de un bello porvenir.

La raza que avarienta de lauros y de hazañas
no espera de otras manos su regeneración;
sino que va adelante, por mares y montañas,
a la conquista hermosa de pródigo filón.

Llegaron a las costas del Istmo un bello día.
A su triunfal presencia la tierra palpitó.
Las furias domeñaron de la honda mar bravía;
clavaron sus piquetas en alta serranía
y ante el gallardo empuje la cima se inclinó.

© Biblioteca Nacional de España

Con voz de trueno entonces cantaron la epopeya
del hierro, que es riqueza si forma un azadón;
y del sonoro yunque surgió una nueva estrella,
la más hermosa y blanca que en el azul destella
del constelado cielo del Mundo de Colón.

El teodolito al frente, la mira allá a lo lejos,
la cantimplora al cinto, del sol a los reflejos
cruzaron por la espesa maraña tropical.
Ni el fuego del verano, ni el lodo, ni las lluvias
la planta detuvieron de aquellas gentes rubias
que junto al yunque cantan el himno del metal.

Con formidable estruendo de grandes ramazones
encinas milenarias doblaron la cerviz;
al golpe de las hachas rodaron a montones
las palmas orgullosas, los frescos marañones
que sombra y fruto daban a la heredad feliz.

Sólo quedó del bosque después del golpe rudo,
inmensa franja estéril de donde el ave huyó;
más luego sobre el vientre del suelo ya desnudo,
la férrea excavadora clavó su pico agudo
que como hambriento buitre la entraña desgarró.

Los caudalosos ríos que en marcha hacia sus bocas,
las selvas arrasaban con furia de Luzbel,
bajo el tremendo filo de las cortantes rocas
su curso retorcieron, como serpientes locas
heridas por el casco de indómito corcel.

Les vieron las naciones junto a la roca dura
clavando sus piquetas con tesonero afán;
y acaso se sonrieron con cáustica amargura,
pensando que era un gesto de bárbara locura
el noble gesto olímpico del último titán.

En ardua lucha magna los sorprendió la aurora
la sombra de la noche los sorprendió también
junto al ardido vientre de la locomotora,
al borde horripilante de sima aterradora
o en la erizada punta de largo terraplén.
Y al fin de tanta lucha y esfuerzo noble tanto,
las aguas de dos mares, en un bautismo santo

regaron la ancha brecha con plácido bullir,
mientras que en la alta roca de inaccesible monte
con las pupilas fijas allá en el horizonte
el águila del Norte sondeaba el porvenir.

© Biblioteca Nacional de España

Venid, pueblos hermanos, venid a ver la ruta!
el triunfo ha sido digno del hércules sajón
que el freno de dos mares con ella se disputa
para mandar un mundo o eternizar su unión.

En vez de aquellos bosques cuajados de verdura,
en vez de aquellas cimas de ardiente entraña dura
y aquellos hondos ríos de rápido correr,
veréis azules lagos, graníticas rompientes,
esclusas gigantescas, pirámides y puentes
que el genio sintetizan de olímpico poder.

Veréis entre los largos paréntesis que fingen
los flancos de la ruta del uno al otro mar,
el pabellón de China, de Rusia y de Inglaterra;
veréis todas las razas que vagan por la tierra
la paz de las naciones en ellas proclamar.

Veréis allí cruzarse, con ansias de oro y fama,
el ruso de Siberia y el fiero patagón;
el indio de los Andes y el sucesor de Brahma;
el español intrépido y el pálido nipón.

Oiréis de muchas leguas el vario vocerío
que sucedió a la altiva soberbia de Babel;
y al bifurcar las aguas el rápido navío
olvidaréis en brazos de ardiente desvarío
que sobre el Ande cruza la quilla del bajel.

Bendeciréis entonces la tierra protectora
que en un supremo rapto de angustia abrumadora
rasgó su hermosa entraña con gesto maternal;
y por borrar con ellos injustas opiniones
daréis al manso viento los épicos pendones
de vuestros trasatlánticos frente a su Capital.

Mirad la obra: es ella ejemplo el más hermoso
que ofrece a vuestros ojos el pueblo laborioso
cuyos hercúleos brazos no saben de fatigas;
el pueblo que ante el ara de progreso latente
entona la epopeya de la fragua candente
y el himno puro y blando de las áureas espigas.

El pueblo audaz y joven en cuyo seno impera
el tráfago incesante de las locomotoras;
que rinde culto al hierro porque del hierro espera
la fuerza que ha de darle prestigio a todas horas.

© Biblioteca Nacional de España

El triunfo es de ese pueblo cuyos fornidos brazos
evocan las leyendas de antiguos gladiadores;
que tierra y mar azotan con furia de aletazos
las huellas removiendo de los conquistadores.

¡Oh! pueblos de la América, que vegetáis hundidos
en la polvosa senda del épico pasado:
alzad la noble frente y audaces y atrevidos,
en vez de lamentaros con llantos doloridos
ceñid el duro yelmo del ínclito Cruzado.

Haced que alumbre intensa la llama a cuyos lampos
revienten las espigas que ha de segar la hoz;
talad con vuestras picas los nemorosos campos
donde el maíz florezca, la caña y el arroz.

La tierra humedecida con la sangre sagrada
que há tiempo derramásteis por vuestra libertad,
herida por el filo de la cortante azada
ofrecerá sus jugos a la semilla alada
que cantará los triunfos de la fecundidad.

Al bravo empuje fiero del ínclito coloso,
responda en nuestras selvas el grito victorioso
de la divina Ceres y el canto del pastor.
¡La América es un templo de glorias inmortales!
Cuidemos de ese templo, mas no cual las vestales
mirando cómo surgen las blancas espirales
que brotan de la pira del fuego adorador.

Cuidémosle en la urdimbre del áspera floresta;
junto a la dura base de la montaña enhiesta
en donde de Bolívar la espada centelleó:
y allí donde la sangre de nuestros ascendientes
tiñó de roja púrpura las rocas y torrentes
que el genio de los tiempos borrar no pretendió.

Que al lúgubre estampido del bravo cañoneo
de las contiendas bárbaras responda el ajetreo
del hacha y del arado con plácido rumor;
y que en el sacro suelo donde cayó un patriota,
florezca el bello símbolo de purpurina gota
prendida a los estuches de las eras en flor.

© Biblioteca Nacional de España

Y así seremos fuertes, y así seremos grandes
como las duras rocas de los altivos Andes.
Y cuando el bravo cóndor del nuevo mundo hispano
azote los abismos en vuelo soberano,
el águila del Norte, que en alta roca acecha,
se quedará mirando de su Canal la brecha;
se quedará mirando la ruta ambicionada
inmóvil, en la roca, sin atreverse a nada!

LAPIDARIA

Dejad que surja el verso, despeinado y sonoro,
como la catarata que la represa aborta;
y que se vuelque el ritmo como cascada de oro
sobre la estrecha frente de la ignorancia absorta.

Haced del adjetivo selecto monopolio;
juntad en todo verso lo nuevo con lo arcaico
y que la estrofa sea la escala de mosaico
por donde ascienda el bardo hasta el enhiesto solio.

Que sea el consonante como una arpada lengua,
de donde surja raudo, sin rustiquez ni mengua,
el grito apasionado del alma creadora;

Y que la luz-idea y el pensamiento altivo
penetren en la estrofa como un rayo furtivo
de sol al casto lecho de virgen tentadora!

© Biblioteca Nacional de España

Antonio Noli Bautista

EPIGRAMAS

I

Por la mala situación
de mi amigo, el gran Chilito,
con sus tintes de guazón
exclamaba el pobrecito:
¡Con tantas deudas estoy,
tan escuálido es mi haber,
que en verdad yo creo que soy
un esclavo del "deber."

II

Los Choferes y los jueces
se asimilan muchas veces;
haciéndose los icautos
en sus carreras tremendas
atropellan con sus "autos"
las vidas y las haciendas.

Los choferes trabajando
si no son bastante cautos,
se les ve de vez en cuando
cual los Jueces en sus "autos"
constantemente "fallando."

III

Como en quiebra declarados
lo han sido ciertos banqueros,
ya se encuentran los juzgados
sacándole a esos "quebrados"
los legítimos "enteros."

IV

Pero si los empleados
son al "dulce" aficionados,
no sé por qué extraña Gil
y tú, lector, lo murmuras,
que en el Registro Civil
se hagan tantas "raspaduras."

© Biblioteca Nacional de España

Juan Bautista Conte

(1887)

ES MI ALMA SOÑADORA QUE TE EVOCA . . .

I

Fué el comienzo, fué el comienzo
¡oh ironía!
del malvado pensamiento de que fueras solamente
siempre mía,
como han sido muchas otras,
como han sido muchas otras que al destino
he arrojado ya cansado
del buen vino de la vida que apuraba de las copas
temblorosas,
frescas,
suaves,
dulces,
graves
de sus bocas,
y cual hojas de verano, secas, viejas,
desprendidas y esparcidas por el viento,
van rodando,
y rodando,
y rodando,
sin aliento,
miserables, quejumbrosas y silentes
el camino tan amargo, desolado,
triste y largo del destino.
Yo quería
¿lo comprendes, alma mía?
chupar rauda, raudamente, la miel toda
de las rosas primorosas,
frescas, dulces, de tu boca,
cual abeja sensitiva, previsiva y afanosa
que recoge presurosa en la alegre primavera,
los perfumes codiciados de las flores tempraneras,
cual temiendo,
cual temiendo que marchiten y se lleven
escondidas

© Biblioteca Nacional de España

en sus copas intocadas, puras, finas y divinas,
los aromas de su vida.
Anhelaba con el fuego de mis labios,
de mis labios que son sabios,
ir quemando la negrura de tus cejas
y apagando los divinos, prodigiosos,
tenues brillos
de los soles
negros,
grandes,
de tus ojos tentadores.
. . . . . .
y en aquella noche fresca
de verano fuiste mía!
Desde entonces, Tilcia mía,
yo comprendo que te quiero,
yo comprendo que te adoro, que no puedo
olvidarte in un instante pues que vives solitaria,
dulce,
bella,
grande y santa
en mi mente fascinada;
que mis frases de mentira
que te dije aquella noche fresca y blanca
de verano
son verdades inmutables;
que han abierto dulcemente
en mi destino ruta nueva, imborrable....
que hay ensueños,
que hay ensueños,
que hay ensueños,
que perduran en las almas
y cariños que se agrandan
con el beso de la Amada Candorosa
que fué un alma inmaculada!

© Biblioteca Nacional de España